

GLORIAS DE ESPAÑA.



Daxiz y Velarde

O EL 2 DE MAYO.

I.

Después que el emperador Napoleón, hubo paseado el carro triunfante de sus victorias, desde las llanuras del mediodía hasta las áridas cimas del norte, quiso aun encadenar á él la gloriosa monarquía española. Entonces, que en el apogeo de su gloria disponía con solo un mandato de los destinos de Europa, fijó su vista en los ricos campos de Iberia, y al verlos poseidos por un pueblo desfigurado de lo que fué en otro tiempo y de lo que realmente podía ser, se lisongeó, ciego con su prosperidad, de conquistarlos sin ningún género de sacrificios. El magnánimo pueblo español, sufrido hasta la estremidad, había tolerado la corrupción de su gobierno, había visto progresar un favoritismo escandaloso, y hasta había sacrificado derechos imprescriptibles, en obsequio de sus monarcas y por conservar la apetecida paz á sus hogares. Así el pueblo olvidado de su firmeza y su resolución vió recompensadas su lealtad y mansedumbre con la mas páfida alevosía, y que adelantándose en fin, la cruel horda de invasores que había subyugado á la Europa, se apoderase de sus campos y fortalezas, no por medio de una noble lucha en que se muere con gloria en un cam-

25 de abril de 1843.

po de batalla, sino por medios cautelosos y á favor de los títulos de protección y alianza, que equivalían entonces á los de traición y de intriga. Yacia aletargado el león español, en tanto que sus enconados enemigos meditaban como arrojarle sin riesgo las cadenas, para luego burlarse con atroz perfidia;... pero no: tan repetidos ultrages habían depositado en los pechos verdaderamente españoles, cuanto podía contribuir á exaltar su entusiasmo: las sospechas de mala fé, se habían convertido en realidad, y se acercaba el momento en que las pasiones se desarrollasen con toda su energía, con todo el vigor que les presta el ardiente amor de la patria. Tan vehementes y encontrados afectos como hervían en todos los pechos, debían manifestarse por un grito formidable de indignación y de venganza, y este grito que fué unánime en toda España, le lanzó el primero el pueblo heroico de Madrid, en el memorable día 2 de mayo de 1808.

La sagaz política de Napoleón, que ya había hecho desaparecer de entre sus súbditos al *descado* rey en quien fundaban sus mas gratas esperanzas, destinó el refrido día para trasplantar á Francia todos los vástagos de su régia estirpe, que pudieran sucederle en la corona ó representarle en la autoridad. El pueblo, aunque en la incertidumbre de si se consumará ó no tal atentado, acude como en observación á las cercanías del palacio de sus reyes, donde se ofrecía entonces un singular contraste. A un lado guerreros formidables amaestrados en largas campañas, batallones apiñados é imponentes escuadrones, vencedores en Marengo, Austerlitz y Jena: á el otro ciudadanos pacíficos, artesanos indefensos, ancianos y

mujeres. Llega el momento en que tratan de arrebatarles las prendas de su cariño, en que rasgado el velo de la traición, la deja percibir con todo su deforme aspecto, y entonces aquel pueblo, herido en lo mas delicado de su pundonor, lanzó el grito terrible de guerra, que resonando de provincia en provincia, hasta los mas remotos confines de la monarquía, levantó en masa contra los franceses á toda la península española. Parecía entonces que el genio de la patria inflamaba los ánimos con su sacro fuego, y los paisanos animosos, los jóvenes resueltos, los ancianos débiles, los mendigos, los sacerdotes, apesar de la mansedumbre de su ministerio, las mugeres, no obstante la debilidad de su sexo, el pueblo en fin, porque la tropa estaba mal de su grado encerrada en los cuarteles, atropella las filas enemigas arrojándose ante ellas mismas á impedir sus criminales designios. La indignación, el odio, el rencor y la venganza, que por tanto tiempo habian fermentado en los pechos, hallaban al fin su desahogo apetecido, y á la manera que un furioso torrente, logrando vencer los diques opuestos á su curso, arrolla, destruye y aniquila cuanto encuentra, así el valor español, sobreponiéndose á todas consideraciones, ataca, atropella y derrota, porque aquel no era valor prudente que calcula y examina, sino desesperacion temeraria, con todo su furor y su fuerza sobrehumana. Los franceses se apresuran á repeler con la fuerza el generoso ataque del pueblo, y desde aquel instante la lucha se traba, la alarma se esparce por la capital, muchos patriotas salen al socorro de sus compañeros, y donde quiera que se encuentra un francés, allí perece, porque se ha comprendido, que la presencia del extranjero en las calles es una afrenta para el honor nacional. Ceden los franceses en aquellos primeros momentos, y su generalísimo Murat, envia sus edecanos, que vuelan en todas direcciones, para que las tropas acantonadas en el Retiro y en las cercanías de la capital, entren á ahogar en sangre de los madrileños su noble grito de independencia.

II.

En aquellos primeros instantes de alarma general, cuando la patria en su mayor apuro, llamaba en su auxilio á sus verdaderos hijos, cuando los habitantes de Madrid salian por todas partes á favorecer y vengar á sus conciudadanos, salió tambien, animado del mismo patriótico designio, un joven capitán de artillería, llamado DON PEDRO VELARDE. Abridando de antemano un odio irreconciliable contra los franceses, cuyas tramas tenia bien conocidas; así que llegó á sus oídos la conmoecion popular, se levantó del bufete adonde le llamaba su destino y empuñando un fusil que pudo haber á las manos, salió resuelto á sacrificarse por su patria. Los paisanos que diseminados por las calles necesitaban algun gefe de talento y valor, sintieron aumentarse su osadía y resolucion, viendo á su frente un gefe militar, mozo de veinte y ocho años, gallardo, instruido y respirando en sus facciones y modales un entusiasmo ardiente que sabia comunicar á los demas. Su natural inclinacion á el arma en que habia militado, le inspiró la idea de apoderarse del parque de artillería, situado en las Maravillas, en la casa de *Monteleon*, llamada *parque* por estar allí depositado un importante material de guerra; mas no porque tuviese las defensas exteriores que un sitio de esta especie necesita. Una empresa de esta clase requería algo mas que paisanos inespertos, la mayor parte desarmados, cual eran los que rodeaban á Velarde, quien sabia se hallaba en el parque una considerable guardia francesa. Sabia tambien, que la tropa española estaba retenida en los cuarteles por orden del capitán general; sin embargo se dirigió al cuartel de Voluntarios del Estado, pidiendo una sola compañía con la que contaba ya por suyo aquel importante puesto. Negósele como era de esperar el coro-

nel, fiel observador de la disciplina; mas los soldados, que por la vez primera obedecian con repugnancia su severa voz, entusiasmados con los tiros que se oian á lo lejos y con los gritos de — «á las armas! — vivan la España y Fernando I. que resonaban en la calle, gritaban tambien — «á las armas! Notando el coronel la fermentacion de su tropa, y viendo que ya arrojaban sus inútiles armas al pueblo, que se las pedía agolpado á las ventanas, dispuso que saliera un piquete como de treinta hombres, con lo que se calmó algun tanto aquella efervescencia. Inmediatamente se dirigió Velarde á el parque con este nuevo refuerzo, y con todo el arrojo y energia de que era capaz entró á intimar la rendicion á los franceses que allí habia. Sorprendido el capitán de la guardia quiso hacer resistencia, pero una arrogante demostracion de Velarde, aplaudida por los paisanos y la tropa que estaban en la calle, acabó de aturdirle. Los franceses sin reconocer la fuerza escasa que les atacaba, ni sacar todo el partido posible de su ventajosa posicion, entregan las armas y se dejan encerrar en las cocheras del patio del parque. Viéronse entonces en completa libertad, catorce artilleros españoles que en él habia á las órdenes del capitán DON LUIS DAOIZ al que como gefe local y mas antiguo cedió Velarde el mando del puesto. Daoiz mas experimentado en una carrera militar de veinte y seis años en España y América queria limitarse á la custodia de aquel importante punto y permanecer pasivo, lo que en rigor no era mas que obedecer las órdenes terminantes que tenia; pero su fogoso compañero le demostró, que era imposible ya permanecer á la defensiva y que aquella obediencia era funesta. Sin disimular el riesgo que les rodeaba, antes dándole por muy seguro, le animó á sacrificarse por la patria, diciéndole:

— Si al fin hemos de perecer, que sea noblemente, cual conviene á nuestra carrera y nuestros sentimientos. Morir al fin, es patrimonio de todos los hombres; pero morir con gloria es patrimonio de muy pocos; seamos nosotros de este número.»

Profunda impresion hicieron estas palabras en el ánimo generoso de Daoiz que contestó enardecido:

— No, jamás temí yo la muerte! Morir primero que presenciar la ruina y la deshonra de mi patria: juremos sacrificarnos por ella.»

Tirando entonces de su espada y estrechando la mano de Velarde con varonil movimiento, pronunciaron juntos los dos capitanes el santo juramento que les dictaba su honor y valentía, siendo un cañon que se hallaba junto á los dos jóvenes artilleros, el ara y el emblema de su heroico sacrificio.

III.

La unánime resolucion de los españoles encerrados en el parque supo utilizar bien pronto cuantos medios de defensa en él se encontraban. El paisanage armado con los mismos fusiles de los franceses fué distribuido en las ventanas, la tropa en los sitios mas convenientes, los artilleros con dos cañones cargados en la puerta del edificio, y hasta las mugeres no estaban ociosas en medio de tanta actividad. Daoiz y Velarde hacian tan pronto las veces de simples soldados, como de oficiales superiores, siéndoles preciso hallarse en todas partes y desplegar todo su génio, para organizar la resistencia. Los primeros destacamentos enemigos fueron ahuyentados por la fusilería de las ventanas; mas esto solo sirvió para atraer sobre el parque una fuerte columna con sus gastadores dispuestos á asaltar el edificio. A la voz de Daoiz contesta una descarga general, jugando ya la artillería, y cuando la humareda se disipa, la calle hoy llamada del *Dos de Mayo*, no presenta mas que heridos y cadáveres franceses, mientras que los restos de la columna enemiga huían dispersos á lo lejos. Tan terrible escarmiento animó á los

patriotas á salir fuera del parque, y enfilear con sus cañones protegidos por la fusilería las calles inmediatas. En ellas sostuvieron el ataque de la división Westfaliana del general La Grange que con infantería, caballería y artillería cargó sobre el parque, resuelto á tomarle á toda costa, y haciendo un continuo y horroroso fuego portodas las boca calles. No intimidaba á los españoles el excesivo número de los enemigos, ni la espesa lluvia de balas que caía por todas partes, ni el ver que se desmoronaban las paredes del vetusto edificio que era su único apoyo; pero si les daba cuidado, el que las municiones se les acababan en tan desigual pelea. Daoiz queriendo aprovechar los últimos tiros, manda suspender el fuego y espera sereno al pie del cañón con mecha encendida, mientras que Velarde activo é infatigable, semejante al Dios de la guerra, discurre por todas partes y animando á los leales, sostiene el fuego de fusilería. En tal estado y cuando alentaba á los demas con el entusiasmo de sus palabras, halló la muerte que apetecía, ocasionada por una de las muchas balas enemigas que entraban en el patio del parque. Su sangre enardece mas los ánimos de los españoles, que esperan animosos el nuevo ataque de los franceses; sin embargo un pañuelo blanco que viene tremolando al viento el jefe que los manda, hace que los dejen llegar impunemente hasta casi encima de los cañones. Era este un ardid de los enemigos, frustrado por Daoiz, que al verles apuntar los fusiles, les ganó por la mano gritando rápidamente—«fuego» á sus artilleros. Los cañones cargados con piedras de chispa por haberse acabado la metralla, y disparados á quemá ropa contra las filas francesas, esparcieron en ellas la muerte, el desorden y el espanto. Parecíales inespugnable aquel baluarte de la libertad y no pudiendo conquistarle á viva fuerza, adoptaron otro medio, sino generoso y noble, favorable al menos á sus designios. Otra columna adelantándose tambien bajo la protección del blanco emblema de la paz obtuvo al fin que Daoiz á quien su apurada situación obligaba á capitular, saliese á conferenciar con el jefe que la venia mandando. Sin duda conoció Daoiz, desde las primeras palabras del contrario caudillo, la traición que en si encerraban: nadie pudo oír su coloquio: pero todos les vieron acometerse de improviso en singular y encarnizado combate. No fué aquel un combate personal, porque el valiente Daoiz pronto se vió rodeado de oficiales y granaderos franceses, que sobre él se precipitaron, y entonces cayó traspasado con heridas mortales de espaldas y bayonetas.

Así pereció aquel ilustre martir de la patria, yendo á reunirse con su glorioso compañero. Así murió asesinado Daoiz y el parque fué de los enemigos. Però fué preciso para indeleble oprobio de las tropas de Napoleon, que venciesen con traidora perfidia á los que no habian podido vencer con el esfuerzo noble de las armas.

IV.

Las insignificantes tapias del parque de artillería, tan costosamente conquistadas, hicieron ver á los generales enemigos que habia vuelto á renacer el antiguo valor de los españoles. La sangre francesa de que estaban teñidas las calles principales de la corte, y el haberse visto precisados á rendir sus armas ante grupos de paisanos inespertos, los mismos guerreros que decian haber subyugado á la Europa, confirmaban que era imposible sujetar á un pueblo que ansiaba ser libre, y que tan heroicamente combatía por su libertad. Preciso era contemporizar con aquel valor tan temible en momentos de exaltación, y para esto se invocó la voz de paz, cuya mágica influencia contribuyó á apaciguar los ánimos de la muchedumbre. Los habitantes de Madrid, viendo que sus primeras autoridades les prometen la paz, que recorriendo las calles les exortan á ella, viendo en fin que son los

franceses los que la piden, dejan las armas para entregarse gozosos á la alegría del triunfo. Quedaba satisfecho el honor español, mas no quedaba satisfecha la sed de venganza que devoraba á sus enemigos. El feroz Murat, bramando de cólera, contempla la mortandad de los suyos y la compara á la escasa pérdida é insultante orgullo de los madrileños. ¿Cómo dar parte al emperador su amo de una rebelion que tanto contrariaba los planes de su política? ¿Cómo referirle el baldon y estrago de sus tropas, sin que figurase una pérdida mil veces mayor de parte de los españoles? Todo esto es lo que él medita, y su impotente rabia halla al fin medios de saciar su venganza: medios dignos de él. Numerosas patrullas de sus satélites cruzan la capital en todas direcciones, deteniendo y registrando á los ciudadanos, que desprevénidos salen bajo la égida protectora de la paz. El menor asomo de resistencia, el menor indicio de armas, las herramientas de artes y oficios, hasta el mas diminuto cortaplumas son un motivo de sospecha para los franceses, y causa suficiente para aprisionar á los infelices que las llevan. Estas eran las victimas destinadas á el sacrificio.

El día que presenciara las brillantes pruebas del martirismo patriótico, no debia presenciar la escena trágica de su castigo, para ella eran mas adecuadas y mas conformes al espíritu de los tiranos, las sombras de la noche. Así que cubrieron con su negro manto á la capital, patriotas de todas clases, eclesiásticos, mugeres y hasta niños son conducidos en medio de crueles tratamientos al mismo sitio de su recreo y delicia. En el principal paseo de Madrid, en aquel campo reservado á el placer, però entonces reservado á la desolacion y la manzanza, se ven maniatadas considerables victimas. Unas dirigen sus clamores al Eterno en tan funesto trance, otras imploran en vano la clemencia de sus enemigos, otras mirando con fiereza á sus verdugos, desprecian la muerte que les prometen y parece que triunfan de ellos aun en la abatida situación en que se encuentran. Dichoso entonces el que puede legar su nombre á las investigaciones de su familia y al recuerdo de la posteridad, inscribiéndole en la blanca corteza de los álamos. Una descarga homicida puso término á la existencia de aquellos desgraciados: el mortífero estampido resonó en todas las familias y en lo íntimo de todos los corazones, por que todos saben que aquellos tiros rompen el pecho de sus conciudadanos. La jóven esposa que encuentra desierto el lecho nupcial, el anciano que echa de menos al hijo, único apoyo de sus cansados días, los tiernos niños que aun no han visto entrar por sus puertas á su amado padre, todos presumen si por desgracia las prendas de su cariño espirarán en aquel instante. Ah! demasiado cierto era tan lúgubre presentimiento! Individuos de todas clases del estado perecian sucesivamente al plomo de sus asesinos, y cuando estos se cansaban de matar entraban otros de refresco á sucederles. La luna, cual si estuviese horrorizada, escondió entre las nubes su blanca faz, dejando cubierto de opacas tinieblas aquel campo empapado en la humeante sangre de tantos leales.

Descansad en paz, victimas ilustres, hermanos valerosos, héroes de la patria. La llama sagrada del patriotismo no se ha estinguido, no, con vuestra muerte: tampoco esta ha quedado sin venganza. De vuestra sangre brotaron nuevos héroes: hijos vuestros eran los que triunfaron en Bailen, en Vitoria y San Marcial, y resistiendo tan heroicamente en Valencia, en Gerona y Zaragoza dejaron layadas vuestras ofensas, y vuestra muerte vengada en arroyos de sangre enemiga.

V.

Las cenizas de las heroicas victimas del 2 de mayo gozan hoy día los honores que merece su memoria. Exhumados los restos de los inclitos Daoiz y Velarde

para conservarlos en magníficas urnas sepulcrales, fueron conducidos, así como las cenizas de otros héroes inmolados en aquel memorable día, á la iglesia del santo patrono de Madrid. Su traslación en un suntuoso carro fúnebre, se verificó con toda la apariencia del triunfo, y cada año, al celebrarse el aniversario de su muerte, se esponian públicamente en tan triste como grandioso catafalco para inspirar de nuevo á los madrileños patrióticos sentimientos. Mas solo hoy día, y despues de treinta y cinco años, goza la memoria de los héroes los completos honores que la patria decretó.

El fúnebre aniversario que vamos á celebrar, es el primero en que el suntuoso monumento consagrado á las ilustres víctimas, se ostenta felizmente concluido, no solo en su grandioso conjunto, sino hasta en los últimos detalles que tanto le embellecen. Una alta y cuadrangular pirámide, elevando su cúspide por encima de los cipreses que la rodean, revela á las edades futuras el sitio en que yacen las cenizas triunfadoras. Las imágenes alegóricas del *valor*, la *constancia*, la *virtud*, y el *patriotismo*, rodean el pedestal que decoran con sus emblemas respectivos. La urna cineraria se halla colocada en el nicho del frente principal del sarcófago, en cuyo frontispicio triangular muy rebajado, se miran los bustos de Daoiz y Velarde, unidos en una misma medalla. Descuellan todo el monumento sobre un anchuroso y alto zó-

calo, al que se sube por cuatro graderías. También se halla consagrado por la patria, con el nombre de *campo de la lealtad*, aquel territorio regado algun día con la sangre de las víctimas y hoy convertido en ameno jardín terminado por una elegante verja circular. Deliciosa alianza de la naturaleza con el arte, de la vegetación con la arquitectura, que en contraste con el triste destino y la severidad del obelisco, aleja de él todo aspecto fúnebre y le ciñe cual graciosa guirnalda, siempre fresca y floreciente.

Todos los años viene allí el sacerdote á ofrecer la hostia propiciatoria al Todo-poderoso en sufragio por las ilustres víctimas, y el pueblo entero de Madrid concurre desde el romper el día á la religiosa ceremonia. En medio de aquel profundo silencio en que parece mas solemne el estampido del cañon que á lo lejos retumba, ardientes plegarias se elevan al cielo, corren lágrimas de entusiasmo y recuerdos de honor y de gloria vuelan en torno del monumento. Al fijar la vista en la urna cineraria, ornada con el laurel de la victoria, comprende el pueblo el precio de una muerte gloriosa, y cree escuchar á las mismas víctimas, que desde el frio sepulcro le exortan á imitar su heroico ejemplo.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

CARTA DE UN VIUDO.

Amigo y Sr. Don Antonio.

Su apreciable carta de vd. escrita en diciembre de 1842, me la ha entregado el cartero en marzo de 1845. Lo que á la pobrecilla le habrá sucedido por esos caminos sábelo Dios. El Señor me envíe la muerte por tales correos. Traía el sobrescrito por detrás, y por delante tres ó cuatro sellos de cajas, administraciones, provincias y reinos diferentes; con muchos guarismos, señales y nombres de lugares enmendados, añadidos, quitados y vueltos á poner. También daba indicios de haber sido abierta cuatro ó cinco veces, y vuelta á cerrar otras tantas, ya con lacre, ya con oblea, con cera, con hostia, con cola y con pan mascado; lo cual prueba la infinita diversidad de métodos que se han llegado á inventar de cerrar cartas; esto es, que estamos casi tan adelantados en el arte de cerrarlas como en el de abrirlas, ¡bendito sea Dios!

Al fin llegó (que no es poco) aquí á Madrid á donde se conoce que primitivamente la habia vd. dirigido.

Si ha sido ó no leida despues que salió de sus manos hasta llegar á las mías, es cosa que importa poco; tanto mas habrá brillado en tal caso el buen ingenio de vd. y la sana doctrina vertida en ella, y quien sabe si á alguno le habrán aprovechado las juiciosas reflexiones que acumula para consuelo de mi desgracia.

Pero ¡ay señor mio! que por mas que vd me predique sobre filosofía y conformidad cristiana, yo no puedo consolarme de la pérdida de mi difunta Catalina ¡Qué muger! ¡Qué muger aquella!

No digo que no tuviese sus defectos; pero virtuosa.... ah! eso cual ninguna. Bien me lo dijo á mi su ma-

dre la víspera de nuestra boda, que llamándome aparte con mucho misterio, y agarrándome entrambas manos, exclamó con tono solemne: «Don Norberto, se lleva vd. una muehacha.... una muchacha!.... que ya ya!.... Aunque este panegirico no estaba concebido en los términos mas claros, despues andando el tiempo, pude conocer la razon que tenia mi suegra en cuanto á la austeridad de la virtud de mi muger. Contemple vd. Sr. Don Antonio, queni de novio ni de casado, he tenido que echarle en cara el menor desliz, y despues de viudo, no digamos. Esta satisfaccion de su propia virtud y pureza de costumbres, la tenia tan orgullosa y tan sobre sí, que mal año me dé Dios si algunas veces no me pasaban por la cabeza las ideas mas estravagantes; porque á cualquier pelotera de las tres ó cuatro que soliamos tener á la semana, siempre me tapaba la boca con decirme: «¿Qué tienes tú que echarme á mí en cara, majadero? ¿Dónde habias tú de encontrar una muger como yo, pícaro?» Y otras cosas á este tenor.

De manera, que habria ocasiones, repito, en que yo hubiera trocado una migajita, un si es no es de la virtud de mi muger, por un granito de la dulzura y manse dumbre de otras.

Me preguntará vd. como era posible tener peloteras con una muger tan virtuosa: yo lo diré.

Mi difunta Catalina, Sr. Don Antonio, tenia allá como otras muchas mugeres (casi todas) cierta idea de la *virtud* y de la moral que merece ser esplicada. Su madre al enseñarle los diez mandamientos de la ley de Dios, le habia hecho comprender, por lo que yo acá me imagino, que de los diez, cinco de arriba y cuatro de abajo se podian suprimir sin el menor inconveniente para las mugeres casadas. Es decir que con tal que una muger guarde, recate y defienda de los otros hombres lo que llaman, no sé por qué, el honor de su marido, para todo lo demás tiene licencia y ancho campo: á esto dan ellas el nombre de *virtud*. — Así, aunque vd. oiga decir que una

muger es altanera, iracunda, envidiosa, murmuradora, chismosa, codiciosa, ignorante, holgazana, puerca y bachelera, si al mismo tiempo no se le han probado en debida forma media docena de las travesuras que han dado tanta celebridad á la griega Aspasia y á la romana Mesalina, guárdese vd. bien de negarle el título de *virtuosa*. En estas ideas, como digo, estaba muy empapada mi difunta, creyendo que un marido recibe un favor extraordinario cada y cuando que su muger se digna desperdiciar una ocasion de ponerle en estado de figurar en un cuadro de san Lucas.

Nosotros los maridos por el contrario, solemos estar en el error de que no embargante la limpieza de costumbres, le queda á una esposa algo mas que hacer para merecer el título de perfecta casada. Esta discordancia de opiniones dá margen á disturbios como los que algunas veces turbaban la paz de mi matrimonio.

Sucedía por ejemplo,irme yo á vestir, registrar mi pantalon, y encontrarme que de los diez y seis botones con que el sastre le habia dotado, el tiempo destructor y la incuria de mi muger habian sacado la raiz cuadrada dejándole reducido á cuatro solamente. Llegábame á Catalina con el pantalon en la mano, y en el tono mas melodioso y patético que me era dable, le suplicaba tuviese á bien surtir á los doce ojales restantes de sus correspondientes agarraderos. Si por desgracia mia estaba ella ocupada en aquel momento en alguna labor de cañamazo (que solian encargarle sus amigas, porque lo hacia con gran primor) ó bien abismada en la lectura de una de esas novelas francesas que han dado en traducir en Barcelona, de las que el diablo me lleve si he podido jamás entender dos páginas, me contestaba resueltamente que no le daba la gana. De aqui nos enredábamos de palabras; yo insistiendo en qué para salir necesitaba el pantalon, y que el pantalon para ponerse necesitaba los botones, sobre todo ciertos y ciertos botones; ella enfurecida y colérica, denostándome con mil epítetos injuriosos y lamentándose y clamando que no habia aguante para verse tratada de aquella suerte una muger de sus prendas.—Con otra habias de dar, bribon, me decia; con otra que te pusiera... como mereces, ya que no es timas en lo que debes á una muger como la que tienes.»

Y tras esto se acongojaba tanto la pobrecita y se ponía tan aflijida, que solia tirarme el libro ó la almohadilla, ó cualquier otro trasto á la cabeza.

Verdad es que pronto venia yo á contentarla, y estaba tan acostumbrada á eso, que si me descuidaba un poco, tomaba la mantilla, y se iba en casa de sus padres á desahogar su pena.

Aun ahí era el diablo que entonces se destacaba mi suegra y me echaba unas pelucas de mi flor. «Norberto me decia, no oprimas á tu muger, que la cuerda que mucho se tira, salta. Mira que te hablo por experiencia. ¿Qué te importa que mi hija no sea tan cominera ni tan metida en casa como otras? ¿Qué afan es el tuyo de quitarle su paseito diario y la visita de una docena de amigas? ¿Ha de estar todo el dia hecha un ama de llaves? Lo principal, hijo, es que sea virtuosa y que no te haga entrar en el número de los maridos desgraciados que andan por esas calles, mohinos y cabizbajos sabe Dios por qué.»

En esto paraban siempre nuestras rencillas. Catalina volvía á casa, nos abrazábamos; yo le hacia un regalillo, ó le tomaba un abono en el teatro ó cosa tal; ella en cambio para que yo no la acusase de descuidada se traía un par de costureras y luego me decia, al cabo de la semana: «Norberto, dame seis duros para esas mugeres; entre ellas y yo todo lo hemos puesto á la vela.»

Aqui tiene vd. el cuadro de mi vida con Catalina mi difunta muger. Pues con todo eso, y ser ella tan pura como un angel, confieso, vea vd. mi necedad, que mas de cuatro veces tuve celos. Figúrese vd. entre otros lances, que ella tenia un primo en los Escolapios, mucha-

cho de unos 15 años, vivaracho, travieso, y de buena disposicion. Venia á comer á casa los domingos, y todo el dia pasaba jugueteando con su prima y dándole besos. Creció luego y se fué espigando hasta hacerse un moceton terrible: pusiéronle á militar, (porque para los estudios no era cosa, y como decia con razon su madre, el que es de tropa, tonto ó no tonto, puede llegar á general, y una vez con la faja ¿quién sabe? —No por verse ya con charreteras dejó de visitar á su prima, y siempre seguía en la costumbre de retozar con ella y besuquearla. A mi que me tienta el diablo por celoso me hacian ya cosquillas aquellos juegos, porque no me paraba en que era primo, sino en que tenia ya 22 años y unos bigotes de á terciá. En fin con este trato y frecuentacion creció el afecto, digámoslo así, del primo, y como era natural degeneró en pasion frenética.—Ya habia yo tratado de precaver esta contingencia, avisando á mi muger que mirase lo que hacia; pero Catalina siempre encastillada en su virtud, desechaba mis amonestaciones, y enojada respondia que porqué habia ella de romper con todos sus parientes por contemplar mis manías.. (Note vd. la exactitud de la palabra *todos*.) Pasó algun tiempo así hasta que un dia vino á mis manos, no sé como una carta en que el primo hacia á mi muger la pintura mas patética de su amor, y las proposiciones mas atrevidas que era posible imaginar. Añadia el insolente: «que si «mi muger se contentaba con seguir como hasta entonces compadeciéndole y no se decidia á faltar á miserables consideraciones que no eran debidas á su estúpido marido, se saltaria la tapa de los sesos, ó lo que es peor se casaria.»—La lectura de esta carta me enfureció: ciego de cólera busco á mi muger, y dándole en rostro con el atrevimiento de su primo. «Mira, le dije, mira como tu ligereza alienta á ese malvado; mira como te falta al respeto y atenta contra mi honor. Tuya es la culpa, ó mas bien mia que me he fiado hasta aquí en falsas apariencias de virtud, como si fuera virtuosa la muger casada que escucha y tolera galanteos.» A estas añadí otras mil reconvenções é invectivas amargas: pero Catalina tomando un continente grave y magestuoso rechazó mis acusaciones, diciendo que aquella carta era la mayor prueba de su *virtud*, pues demostraba que el primo no estaba muy contento y que por consiguiente algo le quedaba que desear: que siendo su primo mas jóven, mas galan, mas amable y mas enamorado que yo, ella habia tenido la heroicidad de no rendirse á sus deseos, no obstante la compasion que le inspiraba el apasionado mancebo; por último, que este último rasgo de mi necia estupidez la convencia de que yo era incapaz de apreciar sus prendas y virtudes.

Este discurso me convenió: púseme de rodillas delante de Catalina é imploré, pero en vano, su perdon.—La ausencia del primo á quien su despecho amoroso obligó á admitir un empleo de tres á cuatro mil duros en la Habana, tampoco bastó á reconciliarnos. Catalina jamás olvidó la escena que acabo de referir á vd.—Desde aquel dia hicimos vida aparte: desde aquel dia ¡ay Sr. D. Antonio! perdió su salud mi tierna esposa y fué siempre de mal en mal descaeciendo hasta que me la arrebató la muerte.

Yo inconsolable la lloro noche y dia, y recordando su mérito, su honradez, su alta virtud, y lo que con ella me ha pasado, tengo hecho propósito firme de aborrecarme antes que poner á otra en el lugar de mi virtuosa Catalina.

No vaya vd. como soltero á achacar esto á animadversion contra el estado del matrimonio, no, solamente si vd. piensa en casarse, procure antes hablar conmigo y le daré ciertos consejos que han de redundar muy en provecho de su bien estar, por el cual nadie se interesa tanto como este su amigo, y atento servidor,, etc. etc.

EL ESTUDIANTE.

ESTUDIOS HISTORICOS.



LA INOCENCIA SACRIFICADA.

I.

En una noche de mayo del año de 1556, alumbraba la luna con macilenta luz, retratando su faz plateada en las ondas del caudaloso Duero. De tiempo en tiempo venían á eclipsar su brillo espesos nubarrones preludios de una tempestad; empero el vendabal furioso que reinaba, los hacia pasar rápidos sin dejarlos que impidieran á la luna se retratara en el espejo de las ondas. A impulsos de Eolo y de la corriente, bogaba una barquilla por el Duero tan lujosamente adornada como las góndolas venecianas, aunque no se oían en ella los armoniosos instrumentos de que siempre iban precedidas las embarcaciones de la reina del mar.

Sepulcral era el silencio que reinaba en la barquilla, y hasta hubiera sido difícil afirmar si conducía á alguno á no haber sido porque empezó á desviarse de su ruta virando á la derecha del río. Al llegar á su orilla se vió á un hombre saltar de un brinco á tierra, y ponerse á amarrar á un árbol á falta de ancla su fragil embarcacion. Mira inconstantemente como reconociendo el sitio donde se halla, y despues de una pequeña pausa—Si, dice, estoy en Tordesillas, esta es la córte de Castilla; ese grande edificio que veo enfrente, es el convento de santa Clara, allí estará! sí, allí está rodeada de candidas palomas como ella. ¡Qué contraste! aquí el albergue de la inocencia y á poca distancia el palacio de don Pedro el Cruel, la mansion del crimen. ¡Dios mio! perdonadme si profano vuestros altares! yo no puedo vivir mas tiempo ausente de la que adoro, y un Dios justo no quiere victimas..... pero ya me es-

tará esperando, vamos allá, y con paso resuelto se dirigió al convento de santa Clara. Las llaves que llevaba le franquearon las puertas y pudo llegar sin que le sintieran hasta la celda en que le esperaba la novicia Clotilde, hija de don Alonso Perez de Guzman, gran personage de la córte de don Pedro. Su padre hizo encerrarla en el convento por no querer dar la mano á un caballero tambien de la córte, y por saber que trataba de amores con don Luis Fernando de Carrillo, noble jóven del partido de don Enrique de Trastamara declarado entonces este principe traidor de la patria y usurpador del trono de Castilla. La jóven Clotilde, pura como la brisa de una mañana de primavera, y hermosa como el ser mas bello, estaba en su celda en la que entraba la luna por una ojiva ventana abierta, postrada ante la imágen de una virgen pidiéndola que la perdonase si la abandonaba. Apenas la vió don Luis se arrojó en sus brazos.—Perdona, le dice, si interrumpo tus plegarias, bien mio! ya es hora de que las suspendas y de que partamos sin detenernos un instante: vámonos.—No, exclamó Clotilde, espera un momento.... ¡Cielos! qué voy hacer?.... no, no, yo no parto gran Dios!—¡Perjura! le dice don Luis, así correspondes á mi amor?..... Me has engañado, falsa! y te quieres consagrar á una religion pura? Tú has decretado mi muerte; mas tu conciencia, si la tienes, me vengará, si, me vengará. En el altar, en el coro, en tu lecho te perseguirá mi imágen, la imágen de una victima que tú sacrificas; ella interrumpirá tus oraciones, te robará la calma del corazón y te se aparecerá en sueños repitiendo con funebre acento ¡venganza! venganza!—¡Ah! calla por piedad! No me atormentes mas.... yo muero.... y cayó desmayada en los brazos de don Luis, éste aprovechando la ocasion, sale precipitado de la celda llevando á Clotilde en sus brazos. Al tiempo de salir, no se cuidó de la puer-

ta que impelida por el aire tan fuerte que entraba por la ventana, se cerró dando tan grande porrazo que retumbó al momento por todo el edificio y despertó á la comunidad que se levantaba dando gritos. Al ver que estaban abiertas las puertas que daban entrada al convento, empezaron á pedir socorro por las ventanas gritando: traición! ladrones! traición! Los vecinos asustados y alarmados las tropas, corrían estas á ocupar sus puestos y todos acudían á la defensa. Tocaban los clarines alarma, y por do quiera resonaban los atabales, y la desaforada muchedumbre gritaba por las calles, á las armas castellanos! Guerra! guerra! Viva Castilla!

Llega don Luis á la barquilla llevando aun desmayada á Clotilde; al entrar en la embarcacion retrocede como horrorizado y echa mano á la espada diciendo: villanos! defendeos ó pagais con la vida vuestro osado atrevimiento; al oír estas voces y el estruendo que pululaba en la poblacion, volvió en sí Clotilde.

La reina de la noche iba ya perdiendo su magestuoso brillo, su séquito de estrellas huían presurosas como si temieran que les alcanzara el astro vivificador, y éste dando una nueva vida al universo, esparcía por toda la inmensidad profunda un fresco ambiente que refrescado mas con el vapor que exhalaban las aguas del Duero petrificaba los miembros de nuestros fugitivos amantes.

Viendo don Luis que los dos bultos que habia divisado en su barquilla permanecían sordos á su reto, se abalanza á ellos y ve á favor del nuevo día dos hombres ensangrentados y cubiertos de heridas. Retrocede turbado sin poder articular ni una palabra, y al irle á preguntar Clotilde la causa de su turbacion... un grupo de soldados les cerca presentándoles el filo de sus armas é intimándolos la rendicion. Se apoderan de la barquilla, y al entrar en ella varios soldados, se vuelven furiosos con las espadas en alto y clamando: mueran los asesinos de los fieles de don Fadrique! y á no haber sido por el jefe de las tropas que se interpuso, hubieran concluido con la vida de los dos amantes.

La sorpresa por un lado y el temor de no poder acudir á Clotilde por otro, le impidieron á don Luis el hacer uso de su espada defendiéndose hasta lo último de sus agresores; pues prefería primero morir matando, que caer en poder de sus enemigos. Cercados de guardias les condujeron á la torre del edificio de San Antolin, que aun existe contiguo al palacio de don Pedro, y desde allí llevaron á Clotilde á su convento.

A pocos dias de estar preso se le presenta en la torre un notario real precedido de dos monges y le notificó la sentencia de muerte por asesino de Lope y Fernando, criados de don Fadrique, por seguir los reales del rebelde don Enrique, y por hurtar á una virgen consagrada al Señor etc.—¿Yo asesino? replicó encolerizado don Luis: miente, vive Dios, el villano que tal diga, y no es noble ni caballero.—Las pruebas os hacen reo, dijo el notario, se os encontró al pié de la barca, en ella dos hombres llenos de estocadas y vos con la espada en la mano; qué mas justificacion? Es verdad, pero el cielo es testigo de mi inocencia, á su tribunal apelo, y si la posteridad es justa, me vengará. Padres, dijo el notario, aquí quedaís á cumplir vuestra obligacion, ayudadle á bien morir; á Dios hermano, y el cielo os dé la paz.

Continuaba Clotilde en el convento, á la que á no haber sido por el favor que gozaba su padre con el monarca, la hubieran sentenciado á la misma pena que á su amante. Dos góticas ventanas que tenia, miraban al Duero, y desde ellas se veía no tan solo la altura donde hoy se halla la ermita de la Peña, sino hasta el rádio de seis ú ocho leguas de circunferencia. Las ventanas todavia existen en la posicion descrita. La desgraciada novicia ignoraba cual era el estado en que se encontraba don Luis y así fué mayor su asombro cuando al oír tocar las trompas y los atabales se asomó á una ventana y vió á su ama-

do en el acto de ir á efectuar su ejecucion.

Sacaron á don Luis de la torre, y cercado de monges y guardias que formaban la fúnebre procesion, pasaron el puente de Duero y marcharon hasta el alto donde hoy se halla la ermita de Ntra. Sra. de la Peña ya referida. Llegaron pues á aquel sitio, y le volvieron á leer la sentencia de muerte, la que habia de ejecutar arrojándose desde la cima de una gran peña al Duero. Se dirige á ella don Luis con noble continente, encomienda á la justa posteridad su venganza, y despues de rogar que no dieran parte de su fin á su amada Clotilde, alza los brazos al cielo.... pero ¡ay! al dirigir al mundo por última vez una ávida mirada, ve á Clotilde en una de las ventanas referidas con los brazos abiertos, tiende él los suyos hácia ella, y haciendo renacer sus fuerzas, salta al aire cual si fuera en alas del amor á abrazar á su adorada por última vez, y cae sepultándose en las ondas del Duero: Clotilde enagenada del mismo delirio quiere abrazarle tambien, se arroja de la ventana, y hallan entrambos su tumba en el fondo de las aguas. ¡Amantes! cuando paseis por el sitio de la ejecucion de don Luis, allí vereis la ermita de Ntra. Sra. de la Peña, rogad por su alma, y acordaos que son mas felices en el mundo de la ilusion, que lo fueron en el de la realidad.

LA INOCENCIA VENGADA.

II.

Aun no habia pasado un mes que fueron asesinados los dos criados de don Fadrique, cuando pasando este una noche por una de las calles que estaba contigua al palacio, y que hoy se llama de las Cocinas, vió á un venerable anciano de rodillas enfrente á una cruz recientemente rayada en la pared, y que alzando las mayos al cielo, no dejaba de pedirle vengase las muertes que allí se habian ejecutado, y vengase tambien á la inocencia sacrificada al furor de los hombres injustos siempre, y mucho mas cuando se hallan poseidos de esa hidrópica sed de venganza. Interrogado por el motivo de sus quejas, declaró que habiendo oído el ruido que hicieron lo asesinos de las victimas por quien pedía, se asomó á una ventana, y solo vió como agarraban unos soldados á dos hombres muertos y recibían las órdenes de dos sugetos, que al parecer eran los asesinos, á juzgar por los puñales que tenían en la mano y con la precipitacion que huyeron. Mandó don Fadrique que le dejasen solo con el anciano, á quien le rogó le dijese quienes eran los asesinos, y cuanto vió en la noche del horrible crimen.

Amigo don Pedro de que en su reino se procediese con la mas recta justicia, aunque fuese en contra de su persona dió oídos á las quejas de don Fadrique, y convocó á toda la córte á su palacio, para proceder como era justo en pública audiencia. En un gótico y magnifico salon del alcázar de don Pedro, bajo cuya fachada principal corría el Duero, estaba el jóven monarca sentado en su purpúreo trono, y rodeado de todo lo mas espléndido que encerraba la córte de Castilla. Allí los ricos hombres, ostentaban los orgullosos timbres de sus linages en el blason de sus armas, los grandes maestros los laureles de cien victorias obtenidas de las armas sarracenas, y así sucesivamente. Solo faltaba el noble don Fadrique, hermano del monarca, gran Maestre de Santiago y declarado vencedor en el torneo celebrado en albricias del nuevo alumbramiento de doña Maria de Padilla, y de las victorias obtenidas sobre las armas de don Enrique, como la toma de la ciudad de Toro etc. Torneo que se celebró el dia anterior á la ejecucion del borrendo crimen cometido con sus dos mas fieles servidores á quienes debia la vida. Es anunciado por un heraldo, y al entrar se postra de hinojos ante su rey, le besa la diestra, y comienza á declamar en alta voz pidiendo venganza de las muertes

de Lope y Fernando tan vilmente asesinados, y que arrastraron en pos de sí dos víctimas inocentes. Declara también que pide la venganza en nombre del cielo que está indignado, á cuya justicia se remite si los hombres no se la hacen, lo que no esperaba, porque jamás se permitirían en la corte unos asesinos que eran el oprobio de Castilla y la deshonra del reino. Conmovero el jóven monarca, le mandó levantar, y arrojándose en sus brazos, le concedió ser juez de su causa para que la sentenciase á su placer. Don Fadrique entonces elevándose sobre el primer escalon de la grada del trono de don Pedro, dijo con voz atronadora: ciudadanos: Dios nos dice, que quien á hierro mata á hierro muera, mas no mereciendo nuestros aceros mancharse con sangre villana, las mismas tumbas que sirvieron para las víctimas inocentes, sean el último asilo de los asesinos. Al decir esto una multitud de hombres agarraron á Simuel Zuley, y Ruy Lo-

pez, criados de don Pedro, para arrojarles por un balcón al Duero: al ver Lopez su fin inevitable, ¡maldición! esclama, sobre el tigre que nos mandó devorar á dos corderos ¡venganza!!..... iba repitiendo por el aire hasta que se ahogó su voz en el fondo de las aguas. Zuley rogó suspendiesen un momento la ejecución, y mirando á don Pedro le dice: escucha, cruel monarca, el magnífico oriente de tu reinado pasó ya, te hallas en el apogeo de tu gloria; mas ¿ves una roja nube precedida de una bandada de cuervos que eclipsa su brillo....? Pues bien, esos cuervos que vienen de la Galia te devorarán las entrañas, y la sangre inocente de que se halla henchida esa nube, caerá sobre tu frente ¡malditooo! y ya iba repitiendo la última vocal por el aire, ahogándose su melancólico sonido en las ondas del Duero.

ANTONIO PIRALA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

ROMANCE

ESDRÚJULO JOCO-SÉRIO.

Si es verdad, mi dulce Flérida,
que tu corazón angélico
corresponde al fuego plácido
con que te amo hasta los tuétanos.

Sube conmigo á la góndola
y caminito de Arévalo
de Madrid salgamos prófugos,
que es pueblo dañino y pérfido.

Rápidos como la pólvora
huyamos del vulgo tétrico
de poetillas efímeros,
plañidores y epilépticos.

Que maldiciendo sacrilegos
del buen Horacio y su método
llaman talento á la crápula
y creacion al retruécano.

E invocando al hondo Tártaro
con chirridos de murciélago
fulminan rudas apóstrofes
contra el pobre humano género;

Que apenas pasiega bárbara
los emancipa del cuévano,
pesa la vida en sus vértebras
como el Etna sobre Encélado.

Huyamos del Judas intimo
que al amigo franco y crédulo
pródiga falaces ósculos
y despues le quita el crédito.

No oigamos la necia cháchara
de aquel orador acéfalo
que presume de Demóstenes
y no sabe los pretéritos.

Huyamos de esos apóstatas
que gritando á ignaro séquito
«¡viva la patria y su código!...»
la venden despues á Wellington.

Un ¡adios! y sea el último,
á esa caterva de médicos
que si visitan diez prójimos
dán con los nueve en el féretro.

Y al que la echó de demócrata,
y hoy con sus estafas émulo
de ricos hombres y príncipes
arrastra carrozas de ébano.

¡Y niega un pan á los miseros
en cuyos hombros intrépidos
se alzó á grandeza ridícula
muy superior á su mérito!

¡Fuego al proyectista trápala
á quien dás el oro inédito,
fiado en sus lindos cálculos
que pintan seguro el éxito,

Y luego figura pérdidas
en la bolsa ó en el piélagos,
y solo cobras en lágrimas
el capital y los réditos!

Miremos con tedio y lástima
al universal prosélito
que hoy aplaude al de Granátula
y ayer á Fernando séptimo.

¡Maldición al vil hipócrita
que bajo exterior ascético
cubre la avaricia sórdida
con que despoja á los huérfanos!

No mas Madrid, que su atmósfera
impregna vapores fétidos
y es laberinto de crímenes
mas confuso que el de Dédalo.

¿Qué importa á placeres frívolos

renunciar? Sin tanto estrépito
podemos vivir mas prósperos
en cualquier parte..... en Cintruénigo.

Bástanos cabaña rústica
bajo limpio sol benéfico,
donde nuestro amor sin límites
nunca desmaye decrepito.

Y bajo los verdes árboles
oler de la rosa el pétalo
y oír á la viuda tórtola
fiar sus quejas al céfiro;

O á la mariposa aligera
perseguir con vano anhélito
de la clavellina al pámpano
y del tomillo al orégano;
Y así en ventura reciproca,
sin enemigos malévolos,
con serenidad de espíritu
llegar de la vida al término.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

ESTUDIOS MORALES.

AULO SILIO.

I.

«Mas Jesús decía: padre
mío, perdónalos, que no
saben lo que hacen.»
San Lucas.

La noche hacía ya tiempo que había estendido sus negras alas sobre el horizonte de Roma, y la luna acababa de ocultar su plateado disco sumergiendo los campos del Lacio en sombras impenetrables, cuando un jóven de aventajada estatura y gallardo andar se dirigía á grandes pasos á la via-apia, por medio de unas hazas incultas y pedregosas: era Aulo Silio descendiente de una de las mas nobles familias de Roma y único vástago de ella. Dotado de imaginación volcánica, robustecida por la continuada lectura de los poetas griegos y latinos se había formado una inmensidad de ilusiones irrealizables en la sociedad en que vivía.

—Introducida la secta de Epicuro, ahogada la libertad en Roma por Augusto, y prostituido por Tiberio aquel emporio, en otro tiempo de las virtudes republicanas, se convirtió en una cloaca inmunda de los mas bajos vicios. La adulación, la molición, la prodigalidad, la incontinencia, y sobre todo la maldita sed de riquezas ocupaban todas las clases del estado, y Catón ó el destructor de Catilina se hubieran avergonzado de ser romanos si hubiesen despertado de su feliz sueño. Imperaban á la sazón, Diocleciano y Maximiano Herculeo, y eran Césares, Constantino Cloro, y Galerio Maximiano. Orgulloso este último con las victorias que obtuviera de los persas, no pudiendo tolerar que los cristianos ayunasen al mismo tiempo que él celebraba con bacanales sus triunfos, por superstición y crueldad hizo con violentas instancias que el viejo y débil Diocleciano diese aquellos edictos furiosos contra los fieles, edictos que segun la espresion del gran Constantino estaban escritos con plumas bañadas en sangre. La iglesia de Nicomedia fué arrasada, profanados los vasos sagrados y quemados todos los libros al rayar la aurora del día destinado á las fiestas terminales, y esta fué la señal para que todo el imperio se convirtiese en un lago de sangre.

Por eso Aulo que aun conservaba su corazón puro, vivía fastidiado en medio de aquellas escenas de horrores y de corrupción. Refugiose por último al amor cre-

yéndole su único recurso; pero golpes que resonaron en lo profundo de su corazón fué lo que recibió en vez de las quimeras que se había forjado: mil veces creyó encontrar el tipo ideal que se creara y mil veces también sufrió un desengaño cruel. Desesperado al fin, abandonó aquella sociedad corrompida y se aisló dedicando todos sus cuidados á su madre ya anciana, y reduciendo todas sus diversiones á leer la epopeya sublime de Homero, ó á llorar con Dido y con el desterrado Ovidio. Jóven en las pasiones y viejo en las ideas era un anacronismo entre aquel pueblo, una rosa en medio de un cenagal.

En la tarde de la noche á que me refiero, salió á visitar la fuente Egeria y á contemplar el suntuoso sepulcro de Cecilia Metela; pero despues mirando la tumba vinieron á su mente las ideas que inspiran los que murieron, y sumergido en ellas estuvo, hasta que un súcio murciélago salió del mausoleo y con su sordo zumbido le sacó de su letargo: conoció entonces que era tarde y se apresuró á retirarse.

Al atravesar aquellos campos abandonados, descubrió al escaso resplandor de las estrellas varios bultos que salían al parecer de la tierra y que se perdían á poco en la oscuridad. Agitada su fantasía con tan rara aparición, se acercó cautelosamente al sitio donde la tierra daba paso á estos seres y descubrió la boca de una caverna (1) por donde salieron dos mugeres al tiempo que llegaba.

La una alta y gruesa mostraba en su pausado modo de andar que ya había pasado la primavera de la vida, la otra mas pequeña y mas airosa tenia movimientos mas ligeros, y su talle era flexible como la palma de Delos. Un velo espeso cubria el rostro de ambas.

Aulo Silio permaneció inmóvil; era aquella aparición tan nueva, pasó tan rápidamente que no hallaba en su imaginación á que atribuirle; pero luego que salió de este estado de sorpresa siguió como por instinto las dos mugeres que ya casi se perdían en la oscuridad.

Mil pensamientos bullían en su cabeza mientras las veía á lo lejos como dos fantasmas. Unas veces creía exaltado con Homero que eran Ceres y su hija Proserpina que salían del reino de Plutón, otras que eran dos genios, ya en fin dos estatuas griegas que se habían puesto en movimiento, tal vez *Niobe y su hija*. (2) Pero estas suposiciones, la razón las fué desechando sucesivamente.

(1) Las catacumbas de San Sebastian que se hallan en este sitio y que servían de iglesia á los primitivos cristianos.

(2) Este grupo ha sido descubierto en el siglo pasado, y el sabio anticuario Winckelman dice, que es una de las mejores obras de los artistas griegos.

Un acontecimiento imprevisto cambió todas sus ideas.

Tocaban las mugeres los linderos de la via-apia cuando fueron detenidas por dos hombres que saltaron de un sepulcro y las arrastraron violentamente consigo. Silio oyó sus ahogados gemidos y voló á socorrerlas: de un golpe derribó á uno de los raptos, que no esperaban tal contrario, y apoderándose de su espada puso en fuga al otro despues de una ligera resistencia.

Las mugeres luego que se repusieron del susto, le dijeron con un tono dulcísimo: Dios y su madre os premien.

Aulo se ofreció á servirles de custodia hasta la ciudad y aceptaron con agrado. En seguida entablaron plática durante el camino y el romano encontró tanta sabiduría en las palabras de la madre (pues así la llamaba la mas pequeña) y tanto candor en la hija que dudaba si eran humanos aquellos seres, aun despues de haberles visto llorar.

—Creo que son pretorianos (decía el jóven) los que os han asaltado sin duda para robaros: siento mucho haber dejado impune su delito.

—La venganza (contestó la madre) nos la prohíbe Dios; él mismo dió el ejemplo pidiendo á su padre celestial por los que acababan de crucificarle y que lo estaban befriendo.

—Tambien podrán arrepentirse (añadió la hija) y Dios es misericordioso.

Estas palabras sencillas penetraron el corazon del jóven romano.—¿Qué Dios prohíbe la venganza?... (decía en sus adentros) ¿Qué Dios rogó por los mismos que le estaban crucificando?... Cual es el Dios de la misericordia?... Ninguno conozco con estos atributos.

Sumergido en tales pensamientos, llegó á Roma y á la casa de las mugeres que se despidieron de él llenas de agradecimiento.

Aulo Silio se retiró á su habitacion ocupado por ideas que hasta entonces jamás le habian ocurrido.

La esperanza de hallar aquel ser puro y bello que tanto buscara, volvió á renacer en su alma. Las palabras de la madre le admiraban; pero las de la hija llegaban á su corazon: no la habia visto; mas en aquel cuerpo airoso y gallardo no podia haber una cabeza mal formada y solo una boca linda podia despedir sonidos tan armoniosos. Así sueñan los enamorados.

Pensativo, filosófico, pero mas animado llegó á su casa y aquella noche estuvo menos triste que las otras.

II.

«No es bajo el ramaje de los bosques, ni sobre los céspedes de las fuentes, donde se presenta la virtud con su mayor poder: es preciso mirarla en la oscuridad de las prisiones, y entre los arroyos de sangre y de lágrimas.

Chateaubriand. Genio de Cristianismo.

Pasáronse ocho dias sin que Aulo Silio hubiese vuelto á ver á la madre ó la hija, y tambien le habia sido imposible encontrar la casa donde las dejó la noche que las salvó.

De nuevo le entró el desaliento y las brillantes esperanzas que se habian refrescado en su alma, se marchitaron poco á poco.—Nueva hoja seca y caída del árbol de su corazon.

El noveno dia salió deseando respirar el aire libre, y al atravesar por junto al teatro de Marcelo vió un inmenso gentío que cubría la entrada del suntuoso palacio de la Justicia edificado por Augusto. Se dirigió allí por curiosidad y poco á poco fué arrastrado por la turba hasta que se halló en una sala espaciosa; en el extremo opuesto á donde estaba el jóven Silio, se levantaba un trono en

cuyo centro habia un rico asiento de marfil terminando por la estatua de Temis, diosa de la equidad, de la paz y de la ley. El pretor estaba sentado en esta silla, y á su derecha los sacrificadores y un pedestal con la estatua de Diocleciano; á su izquierda centuriones y soldados; delante azotes, grillos, esposas, uñas de hierro y cadenas, una máquina de tormento, una hoguera pequeña ú hornillo, infinitos instrumentos de suplicio y muchos verdugos. Lo restante de la sala lo ocupaba el pueblo.

Aulo oyó preguntar al magistrado:

—¿Cuáles son vuestros nombres?

—Una voz de muger dulcísima y no desconocida para el poeta respondió:

—Glicería y mi hija Sara.

La sangre del jóven romano se agolpó á su corazon al oír esta voz; en el instante Aulo se abre paso al través de la multitud y llega hasta una baranda de hierro que separaba al pueblo del tribunal: allí mira al rededor con ojos desenejados y vé en medio de los verdugos á las dos mugeres que salvó en la via-apia; pero ambas sin velo, cargadas de cadenas y en un traje distinto.

Si dulce y respetuosa se habia representado el poeta á la madre, aun lo era mas su noble figura, y el rostro de la hija sobrepujaba en candor y belleza á cuantos creó su imaginacion: la tez del jazmin es menos delicada y fresca que su cutis; su boca era una granada entreabierta, y sus ojos los de una gazela; brillaba en sus megillas el sonrosado color de la virginidad y en su alma frente la inocencia purísima: era hermosa como Ester.

Madre é hija llevaban túnicas azules, coturnos y mantos negros. (1)

Aulo Silio al verlas quedó inmóvil y como fascinado.

El juez siguió la interrogacion dirigiéndose á ambas.

—¿Teniais noticia de los edictos que se han publicado contra los cristianos?

—La teniamos: contestaron madre é hija con entereza.

—Pues entonces, ó sacrificad á los dioses ó vais á ser atormentadas.

—Nosotras no sacrificamos (contestan) sino á Dios uno y trino que crió el cielo y la tierra y murió por salvarnos. Este nos dará valor para que suframos los tormentos.

El pretor entonces manda preparar la tortura y que la sufran Glicería y Sara. Los verdugos obedecen y se apoderan de ambas; estienden sin piedad aquellos cuerpos delicados sobre el férreo caballete y dan un impulso bárbaro á las ruedas. Los débiles miembros de Glicería y Sara crujen de un modo horroroso y las lágrimas se deslizan con abundancia por sus rostros contraídos y desfigurados por agudísimos dolores.

Aulo Silio lloraba tambien y la cólera brillaba en sus ojos que brotaban sangre casi.

—Sacrificad, dijo el juez algo conmovido.

—Solo á Dios verdadero que murió por salvarnos, respondieron entre ahogados suspiros; pero en medio del dolor sus ojos se elevaban al cielo con una espresion divina.

Irritado el pretor con esta constancia manda que les den nuevos tormentos. Los verdugos rodean con un borcogeni de bronce el pequeño pié de Sara y lo comprimen fuertemente sin cuidarse de sus gritos; á su madre que la animaba golpean con azotes de abrojos puntiagudos.

Silio estaba fuertemente conmovido y agitado por diversas ideas; pero al ver oprimir tan sin piedad aquel pié donoso que él hubiera puesto sobre su corazon, y aquella resistencia tan heroica en seres débiles, no duda mas; salta la baranda de hierro, derrriba la estatua de Diocleciano que hacia de Dios, derrama el incienso, vuelca los flameros y dice:

—La religion que dá ese valor á seres tan débiles es la verdadera, las demás son adulaciones, creaciones de

(1) El traje de los mártires.

os hombres, mentiras. Martirizadme: soy cristiano.

No era ya aquel joven mustio que atravesaba las calles de Roma con los ojos bajos; era Natam reprendiendo á David, Moises derribando el becerro de oro y rompiendo colérico las tablas de la ley. Sus ojos estaban animados de un fuego divino y parecia que su cabeza despedia rayos de luz.

Los soldados luego que se repusieron de la sorpresa y terror que les inspiró accion tan atrevida é impensada, se arrojan á él y le maniatan. Gliceria y Sara dieron gracias á Dios por la conversion de aquel joven, y el pretor mandó que retirasen á los tres cristianos y los condujesen á la cárcel Mamertina, hasta que la clemencia del emperador determinase si habian de ser quemados ó arrojados á las fieras.

III.

Camina en paz, bendita alma, que ya has llegado al término por ti tan deseado.

F. Luis de Leon.

Ya habian pasado tres dias despues del juicio que he referido y tambien el dia anterior se habia celebrado la comida libre, el cuarto por la mañana el pueblo esperaba impaciente en las puertas de la cárcel Mamertina. Aquellos umbrales los habian pasado otras veces reyes para seguir el carro triunfal de los cónsules y emperadores, ejércitos enteros arrastrando cadenas; ahora seres débiles para ir á recibir el martirio.

Giran las robustas puertas rechinando sobre sus goznes de bronce y el pueblo dá paso á una larga comitiva. Marchaban delante los patricios romanos en yeguas negras como la noche sin luna, con cascos rematados por una loba de metal, con relumbrantes corazas y largas espadas de Iberia, seguialos la infanteria precedida de un centurion y de un águila, y despues entre espesas filas de soldados mercenarios iba Aulo Silio cargado de cadenas y detras de él Gliceria y Sara casi arrastrándose por lo maltratado de sus miembros. Sus rostros aunque marchitos por los dolores conservaban su hermosura y una sobrenatural alegría brillaba en ellos.

Ambas mugeres animaban al joven romano que marchaba contento á dar su vida por una religion que hacia cuatro dias habia abrazado y que tenia entusiasmada su alma.—Es tan dulce tambien cuando se acerca el momento de salir de esta vida miserable y llena de espinas oír hablar de otra, y de otra mas feliz!!!

Un nuevo golpe le esperaba al catecúmeno mas terrible casi que la muerte. Cuando se acercaba la fúnebre comitiva al lugar del sacrificio, una muger anciana, desgreñada, los ojos desencajados y que apenas se sostenia en sus débiles piernas se dirige al joven romano al través de la multitud y se abraza con él á pesar de los soldados que lo quisieron impedir.

—Hijo mio! (decia entre sollozos) ya te encontré ¿dónde has estado?... No has venido á ver á tu anciana madre? Te he buscado á pesar de mi flaqueza y no te he hallado. ¿Qué tienes?... ¿Dimelo?... ¿Por qué no me abrazas?...

Observa entonces la desolada madre las cadenas que sujetaban las manos de su hijo, mira los soldados que le rodean y calla por un momento, luego sigue:

—¿Pero qué es esto?... Tú entre cadenas?... ¿Tú rodeado de soldados?... tú! que eres tan bueno!... ¿Qué has hecho? No me respondes?... Lloras?

—Madre mia, soy cristiano.

—Tú serás lo que quieras; pero porqué estas cadenas? Soldadito, que es mi hijo, Aulo Silio (y cubria el rostro del joven de besos y de lágrimas).

Aulo no queria dar á su madre, á lo que mas amaba en el mundo la terrible noticia. Un pretoriano descubrió la verdad con brutal lenguaje.

La madre entonces se abraza mas estrechamente con su hijo y grita:

—No, no, él sacrificará á los dioses, no quiere que muera su madre, y si él muriese, yo le seguiría. Quitadle las cadenas (añadió con imperio.)

Silio estaba inmóvil con el corazón traspasado de un dolor tan intenso y fatigoso, que no podia llorar: no sentia su muerte; pero su madre estaba allí, anciana, desvalida... Casi dudó su alma, poco firme todavia en la fé. Esta misma sin embargo le consoló: recordó que Jesucristo murió clavado en un madero por salvar al hombre, que su madre Santisima al pié de la cruz contempló á su hijo dar el último suspiro entre mil tormentos, y que el Salvador vió las penosas angustias de su madre y las sufrió por el hombre.

Esta reflexion le mantuvo firme. Los soldados en tanto cansados de las exclamaciones de aquella vieja la separaron bárbaramente de su hijo y á este le hicieron andar á empellones.

La madre se desmayó al retirarla de Aulo Silio, y no pudiendo su débil salud resistir á las sensaciones tan fuertes que habia sufrido, cayó en un delirio espantoso. Unas mugeres cristianas la condujeron en brazos á su casa.

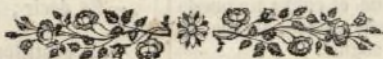
Silio empujado por dos verdugos andaba dejándose el corazón atras: solo el que consoló á Job pudo aminorar con el bálsamo de la misericordia sus dolores: tambien Sara y Gliceria le alentaron con sus dulcissimas palabras paecidas á las armonias de los ángeles.

Llegan al fin al lugar del suplicio donde una hoguera los aguardaba, su rojiza llama alumbrada por el Sol y destacándose en una atmósfera pura y azul era horrible.

Los tres cristianos se pusieron de rodillas y pronunciaron una breve plegaria. Los verdugos les intimaron por última vez que sacrificasen á los dioses, y ellos por respuesta se aproximaron á la hoguera. El centurion entonces hizo una señal, y los sayones precipitaron en el fuego á Aulo Silio, Gliceria y Sara. Las llamas bajaron al principio, dejando descubiertos los mártires que estaban de rodillas con la vista en la region de los bienaventurados, á poco el humo y el fuego los ocultaron para nunca mas parecer.

La gloria se abrió y recibió en su seno las tres almas coronadas de estos dichosos mortales.

J. GIMENEZ SERRANO.



UN EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.



Un chapelechuri.

Hacia fines de 1841, una silla de posta que iba á todo escape por el camino que conduce á Bilbao, se detubo de improviso y dos hombres descendieron «te puedes retirar, dijo uno de ellos al postillon, que el coche no puede llegar hasta la hacienda de G.*** donde vamos; indicanos solamente el camino que hemos de seguir.

—Al momento, mi coronel, replicó el postillon: ¿vé V. S. esa pequeña villa ahí mas adelante? pues es necesario atravesarla, y despues otro pueblecito que se encuentra mas allá, y en seguida está la hacienda; no puede equivocarse con ninguna y además en preguntando á cualquier paisano... aquí las gentes del país tienen el

mayor gusto en enseñar el camino á los viajeros, sobre todo si son señores tan generosos y tan buenos como V. SS.

—Es decir, que quieres propina para beber; toma, vete.

—El postillon los dejó despues de hacer mil reverencias y de llamarles hasta príncipes, y se volvió con su silla por donde habia ido.

Sin embargo nuestros viajeros no eran príncipes, ni siquiera marqueses ó condes; sino coronel del ejército el uno llamado Mauricio, y oficial el otro, y ambos encargados de una comision por el gobierno.

—¿No sabes por qué he despedido la silla de posta? preguntó Mauricio á Felix, que así se llamaba el oficial.

—Supongo que por lo que has dicho al postillon.

—No tal; hay otro camino por donde hubiéramos podido ir; pero he querido pasar por estos pueblos tan llenos de recuerdos para mí.

—De recuerdos! ¿es aquí dónde estuviste herido al principio de la guerra?

—Sí, Felix, de esa terrible guerra en que he perdido tantos amigos y tantos valientes! esa sangrienta lucha en que he visto caer muertos á mis pies mis hermanos y mi anciano padre, guerra de desolacion en que tambien yo hubiera sucumbido sin el socorro de una jóven....

—Nunca me has hablado de esa aventura: una jóven que supongo seria bonita, interesante....

—Sí; una niña, bella y pura como un angel, pero que desgraciadamente era carlista.

—¿Qué importa? replicó Felix; yo no soy liberal cuando se trata de una linda muchacha; las mugeres son buenas para quererse bajo todas las formas de gobierno y en todos los países del mundo. ¿Pero como fué el librarte la vida á tí soldado cristino?

—No sé por qué, pero el resultados que ella lo hizo.— Como tú sabes, era una guerra de esterminio en que hubo prodigios de audacia y de valor, en que se peleaba á muerte, y por ningun partido se hacian prisioneros antes del tratado. Yo fui herido en la desgraciada accion de Arrigorriaga el 11 de setiembre de 1838, bien me acuerdo; mandaba nuestras fuerzas el general Espartero que como yo salió herido tambien, y á no ser por su arrojó las consecuencias hubieran sido mayores porque los carlistas habian ocupado el puente de Belueta y el general con sus ordenanzas se lo hizo desalojar dando una carga y facilitando de este modo la retirada á la division. Yo quedé á disposicion de los enemigos: uno de los gefes mandó que me acabasen de matar, y entonces solo pronuncié dos palabras.—«Madre mia!»—era todo lo que me ocupaba en aquel instante: resignado despues esperaba mi muerte, cuando una jóven se adelanta gritando al gefe que habia pronunciado mi sentencia:—«Hermano! hermano!... tiene una madre! dejadle; puesto que está herido, él morirá si Dios lo quiere así! Yo te lo suplico, hermano mio; mira que débil está; no puede hacer daño á los nuestros!...» Su voz era tan espresiva y su accion tan enérgica que todos quedaron inmóviles. El gefe miró á su hermana, mandó retirar á los soldados y se retiró él mismo diciendo: «me esta prohibido salvarlo pero bien puedo dejarlo morir.»

Quando quedé solo con la jóven besé sus delicadas manos que habian roto ya el pañuelo blanco que llevaba al cuello y se ocupaba en vendar la herida que yo tenia en la pierna. «Venga vd. á nuestra casa, me dijo, allí encontraremos á mi madre que es muy buena y no negará á vd. la hospitalidad; este retiro es sagrado, y mi padre mismo defenderá á vd. en cualquiera trance mientras vd. sea nuestro huésped.—Pero su padre de vd., niña, le repliqué, será carlista y odiará á los cristinos.— En el campo de batalla, si señor, respondió, porque el rey se lo manda; pero no á un enemigo herido é indefenso á quien ofrece un asilo, porque Dios se lo prohíbe.»

Llegué pues, aunque trabajosamente, conducido por este ángel á la cabaña, donde reinaba la virtud, la religion, la caridad y la ignorancia, y encontré en efecto á la madre de mi libertadora, quien me recibió con agasajo y me prodigó los mas esquisitos cuidados sin hacerme la menor pregunta ni procurar enterarse de mi nombre si quiera.

En este venturoso retiro pasé los dias mas penosos de mi padecimiento, al lado de la interesante Ignacia, que así se llamaba la jóven. Pobre niña!... Que encantadora sencillez!... ¿Quieres que te confiese todo?... pues creo que he estado enamorado de ella.

—¿Cómo! de una niña, interrumpió Felix.

—Sí, de una niña; yo la he amado de distinta manera que se ama á las mugeres.... no por su belleza ni por sus atractivos, sino como una madre ama á su hijo.

—¿Y le has hecho alguna declaracion?

—No me hubiera entendido; pero oye la conversacion que tuvimos la vispera de mi partida.

«Mi querida Ignacia, le dije, es preciso que ya parta y todo mi sentimiento consiste en que me hallo pobre y no puedo dejarte una pequeña suma que te probase mi reconocimiento y contribuyera á mejorar la fortuna de tus padres.

—¡Oh! no tenemos necesidad de nada y es mucho mejor que seamos pobres, porque en esta guerra estamos seguros de que nuestra cabaña será respetada; pero no es eso lo que yo apetezco, un recuerdo del corazon no vale muy caro; para eso no se necesita oro, y la guerra nada puede contra los recuerdos del cariño.

—Un recuerdo! exclamé, eso no es bastante; toda mi vida pensaré en tí, mi querida Ignacia, porque yo te amo.

—Ah! que dicha, Dios mio, gritó saltando de alegría; yo tambien, tambien yo le amo á vd. aunque es vd. un cristino.... Si mi padre lo supiera sin duda me regañaria, pero no lo puedo remediar, me parece que hace mucho tiempo que le conozco á vd. y me encuentro tan feliz á su lado como al lado de mi hermano. Ayer cuando vd. dijo que tenia que marchar y mi padre le dió en la mesa el salvo-conducto, me subí á mi cuarto y estube lloorando toda la tarde porque de seguro ya no le veré á vd. mas.... vd. no puede querernos, no somos de su misma opinion...

—Bien, Ignacia, no llores mas, yo te aseguro que vendré á verte; quizás vuelva rico y entonces... Pero es preciso que me prometas esperarme... eres demasiado niña y vas á olvidarme, estoy seguro.

—¡Yo una niña! me replicó empinándose sobre las puntas de los pies; voy á cumplir muy pronto quince años. Mire vd., ve vd. este ramo de romero bendito? es la Virgen quien le ha dado su bendicion... pues el ramo me dirá si vd. me olvida.

Yo no pude menos que sonreirme, ella lo observó y continuó vivamente:

—Ah! si, vds. los militares cristinos se burlan de estas cosas!

—No por cierto, hija mia: yo no me burlo de lo que tú crees.

—Es igual; voy á esplicar á vd. el misterio. Este ramo se guarda cuidadosamente en memoria de una persona lejana; cuando esta persona se olvida, el ramo se deshace y desaparece sin quedar mas que el tronco.... en tanto que conserva algun pedazo aunque pequeño hay alguna esperanza.

—Está bien, le dije, yo te respondo de que lo conservarás entero... La hora de la marcha llegó y me despedí de esta buena familia. Ignacia permaneció en una altura del camino en tanto que pudo verme, y yo volví sin cesar la cabeza hasta que la perdí de vista. Seis años han pasado desde entonces y muchas cosas han sucedido, de alférez que era me encuentro de coronel y...

—Y has olvidado á Ignacia, interrumpió Felix.

—No en verdad; siempre en servicio activo no he tenido tiempo para ocuparme de ella, pero tampoco se ha apartado de mi imaginacion. Si no me equivoco, en uno de estos pueblos debe residir, porque por estos campos fué la accion...

Hablando nuestros dos amigos pasaron de aldea en aldea sin cuidarse del camino que les habia indicado el postillon, hasta que se apercibieron de que estaban perdidos y determinaron preguntar al primer paisano que encontraran. Al pasar por una casa de campo de bastante buen aspecto, vieron una familia del país de rodillas toda de-

lante de una virgen colocada sobre la puerta. Esta familia se componía de un hombre y una mujer de edad, y un niño como de diez años: á la vista de los viajeros se levantaron precipitadamente y ya iban á entrar en la casa, cuando Mauricio preguntó al anciano por el camino de la hacienda de G.***; el buen hombre enjugó sus ojos y le mostró el camino con una voz interrumpida por los sollozos que se esforzaba á contener.

—¿Qué tiene vd? le preguntó Mauricio ¿qué desgracia es la que aflige á vd. así? ¿Hay un contratiempo de fortuna? No tema vd. nada que aquí está mi bolsillo.

—Gracias, mi buen señor, replicó el viejo; nosotros éramos pobres, muy pobres; pero la herencia inesperada de un pariente nos ha hecho ricos, y gracias á Dios de nada necesitamos: otra y mucho mayor es nuestra desgracia y contra ella nada valen las riquezas; solo Dios y su santa madre pueden hacer un milagro y por eso le pedimos cuando vds. han llegado,

—¿Pero podríamos saber?...

—Entren vds. señores y lo verán, yo no podría decirlo, replicó el anciano.

Los viajeros entraron en la casa y siguieron al viejo hasta que se detuvo en una habitacion cuyos muros estaban guarnecidos de imágenes de santos, habia una cama á la cabecera de la cual estaba un sacerdote sentado en una silla. Entonces el anciano que los habia conducido les dijo: —«Es mi hija que muere.... Los médicos no conocen su enfermedad y no la pueden salvar porque dicen que no han visto nada parecido.»

En efecto en la cama yieron á una jóven agonizando y no pudieron contener un movimiento de espanto al reconocer en la infeliz los sintomas de una muerte cierta. El sacerdote se levantó y preguntándoles si entendian algo de medicina, aunque su uniforme les daba suficientemente á conocer, tomó la mano de la enferma y la dirigió hácia Felix que se hallaba mas próximo á la cama, el cual, aunque completamente extraño el arte de curar la tomó por no privar de este consuelo á su afligida familia. En cuanto á Mauricio este no se determinaba á moverse; aun no habia visto la enferma y estaba como petrificado.

La puerta de la habitacion se abrió y apareció el médico; se adelantó hácia el sacerdote y le dijo; ¿la ha confesado vd? ¿Puede vd. decirnos algo que nos dé luz sobre tan extraña enfermedad?

—Sí, replicó el cura, pero es á vd. solo á quien tengo que hablar.

Los viajeros iban á salir, pero el sacerdote los detuvo. «Tengan vds. la bondad de permanecer un momento

porque su presencia me dá esperanzas; no sé porque razon su venida la he considerado como una dicha. Vds. no nos conocen pero ¿qué importa? la desgracia es por sí sola un parentesco» Los oficiales se quedaron, y el médico y el sacerdote salieron de la estancia; algunos minutos despues volvieron á entrar, y dirigiéndose el médico al padre; «nada podemos hacer, le dijo, porque su hija de vd. muere de amor...»

—¿De amor! exclamó el anciano como ruborizado, no puede ser; mi hija me lo hubiera dicho. Es imposible!

—Tenga vd., replicó el médico mostrándole un ramo de romero seco metido en una cajita; cuando esta última rama haya desaparecido, su hija de vd. no existirá ya.

Esta escena pasó delante de los dos amigos; Mauricio como si volviese de un letargo se adelantó precipitadamente á preguntar si sabian el nombre del que la jóven amaba...—«No, replicó el sacerdote; Ignacia me ha dicho que no lo supo jamas.»

—Ignacia! Ignacia! exclamó Mauricio; es ella; Ignacia agonizando... yo quiero verla, y se precipitó sobre la cama gritando, Ignacia! Ignacia! respóndeme.

La jóven hizo un movimiento, levantó la cabeza y dirigiendo los ojos á Mauricio exclamó... Ah! es él... es... y apretándole la mano cayó como aletargada.

Todos los circunstantes temblaban sin poder contener los sollozos creyendo que habia exhalado el último suspiro. El médico se adelantó, tomó la mano de la jóven y declaró que se habia operado una revolucion extraordinaria en el pulso y que si continuaba habria esperanzas. Por segunda vez abrió la enferma los ojos mirando en derredor como para buscar algun objeto. Mauricio se aproximó y la dijo besándola la mano: «soy yo, yo que te amo, y que he venido segun te ofreci.» Entonces la jóven se incorporó y con una fuerza extraordinaria exclamó: «Eres tú!...»

El coronel permaneció al lado de la cama y durante este tiempo Felix reñrió á la familia lo que Mauricio le habia contado por el camino, añadiendo que á su amigo era á quien Ignacia amaba hacia ya seis años.

La jóven recobró completamente la salud, porque Mauricio no la abandonó ni un momento, confiando á su compañero la comision de que ambos iban encargados. Poco tiempo despues se celebró en Madrid una boda suntuosa, en cuyo contrato es fama que puso su firma un elevado personage... era la del coronel Mauricio y la bella Ignacia, conocida despues con el nombre de la linda vizcaína.

M.***



ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

LA ISLA DE MADERA.

La isla de Madera está situada en el oceano Atlántico, distante unas 600 millas de la costa occidental de Berberia á los 33 grados de latitud norte y en la direccion que llevan los buques por lo comun cuando navegan á lo largo de la costa de Africa para la India y otras regiones meridionales. Forma una especie de óvalo, estendiéndose cerca de treinta millas en longitud, y variando considerablemente en su latitud; pero sin estrechar demasiado, pues por donde menos tiene siempre 15 ó 16 millas. Toda ella hablando con propiedad es una elevada montaña ó gran colina, en cuyo medio sobresale un soberbio pico de 500 pies de elevacion. Las faldas de esta montaña son otros tantos ramales que dividen en valles todo el terreno. El clima es extraordinariamente hermoso, combinándose el calor delicioso de la latitud meridional con la frescura húmeda de las mareas, lo que produce la mas grata y saludable temperatura. A esto se agrega la mas pintoresca y variada perspectiva, viéndose en unas partes miserables rocas y profundos precipicios que rodean altas pendientes con sus hendiduras perpendiculares, cuyos asiensos están por un lado desnudos y sin yerba, mientras por el otro se presentan vestidos de una infinita variedad de alpinos. En otras se descubren estendidos valles verdeantes, por donde corren con plácida belleza riachuelos que serpentean despues de desprenderse de las rocas, saltando aqui y allá en pintorescas cascadas. Todas las pendientes de las colinas, en particular las que miran á mediodia están vestidas de viñas, y en las partes superiores hay multitud de naranjos, limoneros, granados, arrayanes y rosales silvestres. Gran cantidad de castaños ocupan las eminencias de los montes.

Tales son las escenas de variado aspecto que presenta la isla. La mayor parte de sus producciones fueron alli introducidas por los primeros espedicionarios portugueses, que aunque no los primeros descubridores, son los que primeramente la colonizaron y dieron á conocer á los europeos y los que permanecen hoy poseyéndola. La ciudad de Funchal, fundada por ellos es casi la única poblacion de la isla, y está situada en un valle sobre la costa meridional, y tiene un excelente puerto defendido por cuatro sólidos fuertes. Son sus calles estrechas y pendientes, y corre por medio de ellas un cauce de agua, que los limpia y asea sin que se molesten sus moradores. Las casas varían mucho en su tamaño y perspectiva; pero tienen todas primorosa esterioridad y elegancia, en especial las principales. Entre los edificios publicos ocupan el primer lugar, el castillo ó palacio del gobernador, el del obispo, la casa ayuntamiento y las iglesias. La catedral es un soberbio edificio gótico con diez capillas, cuatro de cada lado y dos en la parte superior. Estas capillas están todas vestidas de cedro cincelado de esquisito trabajo, y una de ellas merece principal mencion, pues sus paredes están forradas de mármol, y colgadas con tapicerías y pinturas de gran precio. El monasterio de S. Francisco Javier es un bello y espacioso edificio, y los que viven en él, se muestran amables y muy urbanos con los extranjeros que van á visitarlo.

La ciudad de Funchal que contiene una poblacion de 50,000 almas, está edificada en la pendiente de la montaña que se prolonga á larga distancia, y termina en eleva-

das prominencias. Por toda la colina se encuentran esparcidas muchas casas de campo, cuya blancura resalta mas á causa de los jardines y viñas que las circundan. Cada una de estas casas ó alquerías tiene una estensa bodega, donde se elaboran los vinos, que actualmente forman el ramo principal de comercio de la isla. El vino de Madera es conocido por todo el mundo civilizado. El método de hacerlo es estremadamente sencillo, mucho mas que el que se emplea en otras partes. La mayor parte de los cosecheros ponen los racimos de uvas en grandes cajas de madera cuadrada en las que se meten algunos hombres descalzos de pie y pierna, y pisan estrayendo todo el mosto que pueden. Luego sacan los escobajos y los atan en manojos con unas cuerdecillas para colocarlos bajo unas prensas tambien de madera, ó alzaprimas donde los aprensan por medio de una gran piedra puesta en el extremo de aquellas. Concluida esta operacion, se recoge el mosto en las vasijas en que ha de fermentar sin volverle á tocar hasta que está ya hecho el vino. De este el mas delicado se produce en la parte meridional de la isla, siendo los del distrito del norte, mas endebles y ligeros. Todos los años se estraen de Madera, segun cómputo exacto, cerca de cuarenta mil pipas de vino y la mitad de ellas va á los establecimientos ingleses de las Indias orientales y occidentales. Es tan grande la diferencia de calidad de cada vino, que su precio en la viña varía desde cinco á cincuenta libras esterlinas. En el mercado se distinguen por los cinco nombres siguientes. El de primera calidad, se llama *Londres especial*: el de segunda, *del mercado de Londres*, el de tercera, *del mercado de la India*: el de cuarta, *del mercado de Nueva York*: y el de quinta, de *Cargamento*. Ademas de estos vinos hay otros menos abundantes, conocidos con los nombres de *servial*, malvasia dulce, malvasia seco, y tinto ó rojo.

El vino de Jerez y otros vinos españoles, han empezado á obtener estos últimos años cierta preferencia en Inglaterra, pero ostensiblemente, pues los que miran este asunto con detencion, aseguran que aunque se dice haber provenido de la aprehension de que los de Madera tienen mucho ácido, en realidad se consumen dichos vinos como antes, solo que los negociantes para contemporizar con la preocupacion les hacen pasar bajo otros nombres, despues de preparados con oportunas mezclas y elaboraciones.

Los habitantes de la isla tienen en lo general puesta su atencion casi exclusivamente en el cultivo de las viñas, descuidando el de las mieses que son mas inmediatamente necesarias á la vida del hombre. Asi es que la cantidad de trigo que se recoge, escasamente alcanza para dos meses de consumo, viéndose precisados á procurarse de América trigos, harina y arroz en cambio de sus vinos: de los nuevos establecimientos traen el pescado salado en grandes cantidades; y de los estados Berberiscos adquieren carneros y bueyes. Esta dependencia de otros países cesaria sin la menor duda en el momento que se aplicasen á los demas ramos del cultivo, porque cada pie de terreno de la isla es capaz de dar grande cosecha de los mejores granos. Para convencerse de esto, basta saber que alli se crian patatas, pepinos, melones, sandias, calabazas en grande abundancia, como igualmente crecen pereros, manzanos, abridores, melocotoneros, ciruelos y cerezos, que dan los mas sanos y sabrosos frutos, grandes y finos. Los melocotones especialmente son en ciertas ocasiones tan abundantes, que sirven para

engordar los cerdos. Ninguno de estos frutos se esportan por lo comun de la isla; pero hay otros que se envian á las regiones glaciales; tales son la nuez, el limon, la naranja, la castaña, la granada y los higos, que son los principales. En las campiñas dilatadas de la isla y en las situaciones frescas se producen naturalmente, y sin cultivo fresas, grosellas, frambuesas, moras de zarza; y tambien los frutos ya antes nombrados requieren poca ó ninguna cultura.

El castaño y el nogal forman una gran parte de la madera de los montes. El pino es tambien árbol que se cultiva generalmente en las tierras mas elevadas y crecen á suficiente altura para poderle emplear en todos los usos domésticos. Las familias del laurel se encuentran en los mas calientes. Algunas veces tienen de 20 á 50 pies de circunferencia, y su madera es de un color hermoso. La palma crece á la mayor altura, pero su fruto no llega á madurar perfectamente, sin duda porque todas son hembras, y no hay machos plantados en la isla. El álamo es muy comun en todo el país, y conserva su hoja mucho mas tiempo que los de Europa del mismo género. En los jardines de los particulares se crían con mucho éxito algunos cinamomos, y pies de café, de modo que puede decirse requiere solo generalizarlos mas para que llegue á ser un artículo de comercio.

Respecto á flores, las llamadas reales son muchas, hermosas y variadas. Las plantas cultivadas cuidadosamente en los jardines ingleses, crecen allí espantosamente en los campos, y los vallados están entapizados de geráneos, mirtos, jazmines, azucenas y rosas.

Por esta breve descripción de las producciones de la isla puede ver el lector, que no será mucho adelantar si se emite la idea de que Madera puede ser en realidad el jardín del mundo. En efecto, su templado clima y la fertilidad de su suelo forman allí un paraíso que brinda á todos los placeres de la vida, pues además crecen en ella fructifican todas las plantas de las Indias, mas escogidas, y las de las regiones de Europa, aun los de las regiones mas septentrionales. En cuanto al género animal hay en la isla conejos, hurones, chochas-perdices, gallinetas, perdices, codornices. Las costas están completamente llenas de pescado de excelente calidad, aunque los habitantes siempre exclusivamente ocupados con sus cosechas de vino, no se dedican á la pesca y tienen que comprarlo de otras costas. Tienen igualmente excelentes especies de patos, gallinas de indias, y gallinas caseras. Solo los carneros y bueyes son poco numerosos y de inferior clase.

La isla contiene una población de cien mil almas. Cuando la descubrieron los portugueses la hallaron desierta de habitantes, y los que ahora se llaman sus naturales son descendientes de los primeros pobladores. Es una raza mista, aunque la mayoría indudablemente procede de portugueses. Son todos del culto católico, muchos viajeros han asegurado que es excesivo el número de clérigos y frailes que hay en Madera; pero esto no es exacto, puesto que todo el clero incluyendo frailes y monjas no pasaba de trescientos individuos hace ya algunos años. Los usos de estos últimos son poco diferentes de los de Europa como que están por sus hábitos mercantiles en comunicación con los ingleses y otros extranjeros establecidos en Funchal. Los de tierra adentro solo acuden á este punto en las ocasiones de grandes espectáculos y festividades. Entonces se notan las diferencias de esta parte de la población, que es la que hoy puede llamarse indígena. Es una raza de color cobrizo, de gran perfección y vestida con aseó. Los hombres llevan calzones de lienzo blanco, anchos, y por encima unas botas de becerro, no faltando algunos que solo llevan una bota en una pierna, y en la otra no llevan nada, la camisa aunque blanca es de lienzo basto, y abierta en términos que deja ver todo el

pecho. Un gorro azul que apenas les cubre la coronilla de la cabeza y un chaleco corto celeste generalmente adornado con botones de plata, forman lo restante de su traje, excepto en invierno, que llevan largas capas, sino llueve las dejan sueltas sobre sus hombros con cierto descuido. El traje de las aldeanas no deja de ser elegante, pues consiste en unos corpiños celestes con franjas encarnadas y un monillo corto, generalmente encarnado ó azul claro, ceñido al cuerpo de forma que descubre el talle. Un capotillo corto encarnado, ó púrpura ribeteado de azul y un gorrillo ó bonete celeste, sus pendientes de oro ó plata, y algun adorno en el pelo. Muchas jóvenes son bien hechas, aunque generalmente hablando sus facciones son bastas, pero no desagradables; cachetudas, cutis moreno y pies grandes, el cuerpo proporcionado y los ojos llenos de fuego, grandes y negros. En Madera están las mugeres recargadas de trabajo, su principal deber es atender á toda la provision de su casa mientras que sus maridos están ocupados en las viñas. Así es que ellas se procuran el combustible, y frecuentemente se las ve acarrear cargas de éste á la ciudad á venderlas para su sustento, además de otros gastos. La falta de carne, que tanto debía abundar allí, es causa que éste pobre paisano del interior, tan laborioso, casi nunca pueda comerla. Su alimento ordinario es pan, uvas ó frutos. En lugar de vino beben aguapré que es un género de cerbeza floja, estraida de los escobajos de los racimos, despues de aprensados; los que despues de haber fermentado adquieren cierto ácido, aunque no lo conservan mucho tiempo. Es cosa singular y dura, que estos infelices no disfrutan del mismo vino que han preparado por sus manos.

El trato de estos aldeanos es franco y afable y sus pasiones generosas. Son además muy hospitalarios.

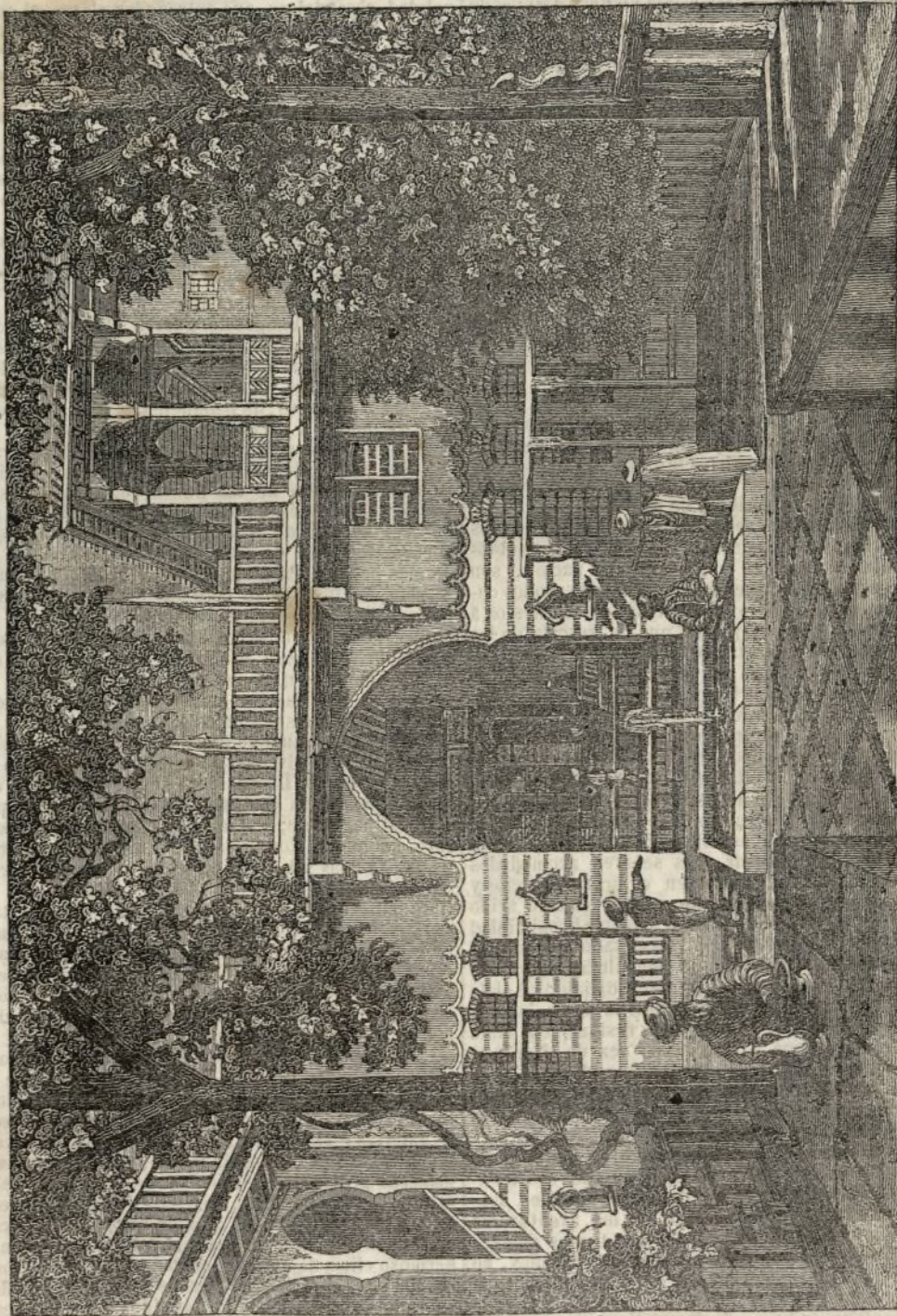
En Madera, no hay coches ni carruajes de lujo y comodidad, porque no lo permite el mal estado de sus caminos, que generalmente están llenos de asperezas y desigualdades, y sumamente estrechos. Unas carretillas tiradas por bueyes son los medios de transportar grandes pesos de una alqueria á otra ú á la costa. El vino se estrae del interior en pellejos á hombros de los aldeanos hasta donde pueden llegar los carrillos referidos que en barricas los conducen despues á la costa.

Machico es despues de Funchal un puertecito célebre porque trae su origen y su nombre de que fué allí donde un inglés llamado Markltram, fijó su morada con su esposa y donde acabaron uno y otro sus dias, despues de haber naufragado en aquella costa. Estas dos criaturas y algunos marineros que las acompañaban, fueron los primeros que pusieron el pié en la isla, y sus extraordinarios sucesos son bien interesantes.

Los ingleses tan espuestos á padecer enfermedades del pulmon, han puesto toda la atención en el clima de Madera, siendo el resultado de sus observaciones y experiencias, que la atmósfera de la isla no tiene rival por la igualdad y salubridad de su temperatura. El invierno es doce veces mas caliente que el de Italia, y el verano cinco grados mas templado. En Madera no hay cambios violentos en todo el año. Las lluvias vienen distribuidas. De aquí procede que los tísicos y todos los atacados de consunción consiguen prolongar mucho su vida trasladándose á Madera, y disfrutar allí de grandes alivios, motivo porque acuden á ella muchos extranjeros.

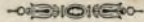
JOSE TENORIO.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista del patio interior de una casa en Damasco.

COSTUMBRES DE LOS TURCOS.



Difícil es formarse una idea exacta de las costumbres de un pueblo que aunque diariamente visitado despues de tantos siglos, nos es todavía imperfectamente conocido; cuya lengua ha sido despreciada por nuestros orgullosos sabios, como la lengua de un pueblo bárbaro, y del cual poseemos por consecuencia muy pocos de esos datos infalibles que se sacan de la poesia de un pueblo. Esta dificultad se agrava aun mucho mas con las relaciones exageradas de los viajeros. Los unos han elogiado á los turcos con exceso; los otros no han querido ver en ellos mas que unos hombres crueles, ignorantes y fanáticos, que han llevado el hierro y el fuego á la hermosa patria de los Pericles y los Demóstenes. Seguramente no es hoy en que aun humea la sangre derramada en la Grecia moderna y en que tantas lágrimas corren todavía por la muerte de sus héroes; no es en semejantes momentos cuando conviene disculpar á los otomanos; pero la misma crueldad puede censurarse en los verdugos de la Polonia, y esta será la suerte que quepa á la Italia el dia en que triunfen los fogosos *carbonarios*. En todas partes la victima tiene simpatías, si bien las mas de las veces sin resultado á causa del egoísmo de los gobiernos, pero vivas y sensibles cuando despiertan el alma de los simples particulares. En todas partes la opresion, fruto amargo que los feroces gefes se complacen en ensangrentar, levanta un grito de maldicion y de odio.

Como quiera que sea, sería injusto considerar á los otomanos bajo el mismo punto de vista que á los pueblos europeos, porque mas que una verdadera nacion, son un ejército acampado. Rigen á los países subyugados como una tierra de conquista, y los tributos impuestos á los súbditos no son á sus ojos mas que un rescate de las cabezas que debían ser cortadas: en los griegos, en los armenios y en los judíos no ven mas que pueblos sojuzgados; y qué interés podrían escitar hombres á quienes ellos designan con el nombre de *perros*?

Orgullosos con los estrangeros, no deponen su exterior altanero sino ante aquellos á quienes reciben como huéspedes, y entonces la hospitalidad franca y generosa que les conceden, recuerda la de los antiguos patriarcas. Su caridad para con los pobres no tiene límites, y así lo atestiguan los numerosos establecimientos conocidos con el nombre de *Karvanserais*. Los señores acomodados emplean una parte de sus rentas en edificar hospicios y dotarlos, ó al menos en construir en un camino árido fuentes rodeadas de árboles. Con la sensible hospitalidad de los tiempos primitivos, han conservado también la piedad mas edificante; jamás un musulman emprende un negocio importante sin haber antes dirigido al cielo su plegaria: en seguida lleno de confianza en la bondad de Dios, espera los sucesos con una resignacion santa y cuando le ocurre una desgracia, en vez de derramar lágrimas, humilla su frente hasta tocar el polvo, y se consuela al pensar que Alá lo ha dispuesto así.

Respecto á su habilidad en la guerra, sus títulos son bien gloriosos; basta citar las empresas de Mahomet, de Soliman, y de esos guerreros á quien no pudieron resistir ni los esfuerzos desesperados de los Paleólogos, ni el brillante valor de los aguerridos soldados del Ródano, ni la audacia de los aventureros italianos que mandaba Minotti. Si los turcos modernos se hallan en este punto lejos de sus antepasados, no es porque hayan degenerado en valor; sino porque hoy que la sangre fria y el cálculo han reemplazado al fogoso espíritu guerrero de los antiguos, y deciden solos de la suerte de los combates, los ejércitos oto-

manos, mal disciplinados, sin táctica y teniendo solamente una artillería mezquina y mal organizada, no pueden luchar con las naciones de Europa que les llevan estas ventajas.

Su gobierno en tiempo de paz es todavía mas ruinoso. Un déspota débil en los momentos difíciles, que goza de un poder ilimitado para hacer el mal; venalidad escandalosa que entrega las plazas al que mas ofrece; ministros rapaces, sacerdotes ignorantes y fanáticos: tales son las plagas que minan el imperio otomano. Así es como vá perdiendo de dia en dia su fuerza y pronto cesará de contarse en el número de las naciones. Verdad es que sus últimos soberanos han intentado útiles innovaciones; pero algunos han pagado esta temeridad con su cabeza, y necesaria ha sido una horrorosa mortandad para que Mahamud pudiese destruir el cuerpo de genizaros, siempre dispuesto á sublevarse. También ha introducido otros cambios en las costumbres de sus súbditos; pero estos progresos son lentos, y su fruto será sin duda muy tardío, mientras que el imperio está abierto por todas partes á las tentativas de ambiciosos vecinos.

Fuera de los tiempos de guerra el turco parece olvidar, en la tranquilidad de su retiro, las penas de esta larga peregrinacion que se llama vida. Para él la existencia no es mas que un feliz sueño que debe concluir en el sepulcro, un banquete cuyas delicias es menester saborear á toda prisa. Grave, silencioso, indiferente á todos los mezquinos intereses de la tierra, pasa sus dias muellemente recostado sobre los cogines de su sofá, en medio de las nubes odoríficas de su brasero de perfumes ó de su pipa de boquilla de ambar. Saborea su café de Moka, y el opio lo transporta en sueños al paraíso de Mahoma donde brillan las huries de ojos negros. Para ahuyentar el tedio, sus mugeres forman en torno suyo coro de danza que acompañan las canciones voluptuosas y la dulce armonía de los laudes. Despues de la comida de la tarde hace las abluciones de costumbre, dirige al cielo su plegaria cuando la voz del *muezin* se oye desde lo alto de los minaretes y se duerme en medio de los delirios de amor en los brazos de su bella esclava de Circasia.

Las mugeres aunque eserupulosamente guardadas, no por eso están privadas de toda libertad, como dicen ciertos viajeros. Desde luego se aseguran una especie de independencia por medio de su dote cuya propiedad les pertenece; y el uso de la poligamia es bastante raro, aunque el Corán permite casarse con cuatro mugeres. Además saben vengarse de un marido infiel, gracias á ciertas mugeres judías ó armenias que tienen libre entreda en los harenes. Dícese que ciertas flores arrancadas de tal ó cual modo pueden sostener una correspondencia amorosa, y se citan hermosos aventureros introducidos en el temible encierro á pesar de los ojos perspicaces de los eunucos. Sobre todo los cementerios turcos, plantados de plátanos y de cipreses son célebres por este género de citas.

Sus habitaciones á pesar de su poca apariencia, recomendada por los peligros que rodean al que hace ostentacion de sus riquezas, estan en lo general magníficamente decoradas en el interior. Multitud de patios rodeados de galerías y adornos de fuentes, vastísimas salas cubiertas de soberbios tapices de Persia, techos artesonados de maderas preciosas, adornados de arabescos de oro y azul y pinturas de flores, una sala de baños en medio de la cual brota un surtidor de agua que cae con dulce murmullo en recipientes de mármol, ventanas que en aquel hermoso clima dejan libre entrada al viento y á los pájaros del cielo, balcones adornados con macetas de flores, y sobre los cuales trepan los jazmines y las madreselvas, vastos jardines adornados de alegres kioscos y bosquecillos, donde las lilas, el laurel, las rosas y los naranjos

mezclan su follage, y donde el viento juguetea en una atmósfera de perfumes: en el sitio mas retirado, el harem solitario, tal es la agradable mansion en que el musulman, y sobre todo el habitante de Damasco, espera el día en que deben cumplirse las promesas del Coran.

Pekin.

ARQUITECTURA CHINESCA.—MOMUMENTOS DE PEKIN, JARDIN Y PALACIO IMPERIAL DE YOUEN-MIN-YOEN.

La arquitectura chinesca ha sido tan combatida en estos últimos tiempos y calificada de mal gusto que es necesario un valor á prueba para arrostrar una preocupacion tan profundamente arraigada y reclamar en su favor una pequeña página en la historia de las bellas artes cuando no se le ha rehusado á los inventores de la pólvora y de la imprenta. Un número considerable de planos y de modelos de edificios transportados de Canton á Europa justifican la verdad de tan severa critica; pero para ser justos es menester no olvidar la impotencia y atraso de aquel pais en la pintura y el descuido que se observa en la representacion de sus alegorías, y así podremos concebir como esos brillantes destellos de su habilidad artistica que admiramos en Europa no son bastante para hacernos formar una idea exacta de los adelantos de aquel pais. Escaso es desgraciadamente el número de viajeros que han logrado penetrar en el corazon del celeste imperio y forzoso es recurrir á la historia de sus viages y las relaciones descriptivas de sus monumentos artisticos para apreciar debidamente el mérito de la arquitectura adoptada por los chinos. Pekin fundado en el siglo trece de nuestra era por Houbilai, hijo menor de Tchingiskan, es hoy la capital del imperio y la que merece llamar la atencion y ocupar el primer puesto en el rango de las ciudades de primer orden por la grandeza de sus monumentos. Allí es donde se deben estudiar las construcciones chinescas, allí es donde se encuentran las obras maestras de los Bramantes y de los Palladios; allí, en las orillas de Hoan-Ho es donde se hallan los datos mas luminosos para resolver el problema del origen del mundo. Nosotros no le consideraremos bajo este punto de vista, nosotros solo consideramos ahora el Pekin monumental. Los Duhalde, los Gaubil, los Barro, los Macartney y otros nos sirven de guia en nuestras reflexiones porque estamos persuadidos de que la relacion de los hechos resuelven mas ventajosamente que el ruido de las discusiones, las dificultades á que no dieron solucion los siglos de las hipótesis.

Al este de Pekin se ve un soberbio y magestuoso arco de triunfo; este monumento digno de la suntuosa capital á que sirve como de prelude, da entrada por tres distintas galerias á una espaciosa avenida como de legua y media de estension que recorre la multitud de vendedores que conducen diariamente los objetos de su comercio á la ciudad. Mas distante y como cosa de media legua se descubren dos enormes y gigantescas torres octogonales, y de figura regular; son enteramente uniformes, cada una es de tres cuerpos enteramente semejantes al inferior, escepto en las dimensiones que disminuyen conforme su elevacion; estos tres pisos que así pueden considerarse, están cubiertos de una especie de mosaico de teja brillantemente barnizado y decoran su exterior con esculturas é inscripciones en honra de los arquitectos que construyeron estos edificios; interiormente se hallan salones de mucha estension des-

tinados para el alojamiento de los numerosos guardias de policia que vigilan aquel cuartel.

Pekin está dividido en dos cuarteles, chino y tártaro, y sus murallas, sobre todo las de la ciudad tártara Kin-Tehhngi, son despues de sus puertas, el primer objeto de admiracion que se ofrece á la vista del viajero. Si se considera una muralla de treinta pies de ancho, terraplenada de forma que pueden correr doce ginetes de frente y guarnecida de espesas y elevadas torres se tendrá una idea aproximada de las gigantescas trincheras que defienden á Pekin de las agresiones exteriores, y si al pueblo chino se le echa en cara su falta de gusto no podrán al menos vituperarle en sus monumentos de ese aspecto mezquino que resalta en la mayor parte de nuestras elegantes construcciones europeas. Considerando á Pekin ceñida de estos muros ciclopedianos no se hallarán palabras bastantes para admirar á este pueblo que no satisfecho de elevar entre él y sus enemigos del norte una barrera tan admirable, como la gran muralla que determina sus limites, construye aun otras tan formidables como aquellas en torno de sus ciudades.

Tiene Pekin seis puertas de entrada en forma de torres cuadrangulares, con una infinidad de ventanas abiertas en sus fachadas y una guardia considerable que reside siempre en el departamento inferior de ellas.

Apenas el viajero penetra en Pekin y en sus calles tiradas á cordel de ciento veinte pies de ancho y que ya admiraba en el siglo XII Marco-Polo, cuando no era aun mas que la Kan-Balon de los Mongols, el espectáculo cambia enteramente, el carácter de grandeza de los primeros monumentos se trueca por el lujo y las riquezas de los templos y de los edificios y establecimientos públicos. No obstante la arquitectura interior de la ciudad es digna de la mas amarga censura en cuanto á que no saben adornar sus fachadas sino recargándolas de postizos muchas veces ridiculos, ignoran los medios de enlucirlas y decorarlas en sí mismas, tienen que valerse de medios puramente extraños; por eso las recargan de estatuas, bronces, dorados y pinturas que por sí solas manifiestan el atraso en que se hallan respecto á este género de trabajo, oscureciendo así algunas obras que debieran su mayor mérito á la sencillez. Tal es el principal y mas grande defecto del palacio imperial que por su magnificencia é inmensidad puede reputarse por la primera maravilla de Pekin. Este palacio situado cerca de la puerta del sur presenta la forma de un rectángulo casi cuadrado, está circundado de una espesa muralla de fábrica perfectamente almenada y cubierta de teja amarilla; cada puerta está guarnecida con su torre ó castillo y la competente dotacion de soldados.

La disposicion de los techos causa á primera visita un efecto singular dando á este palacio un aspecto raro y sorprendente; estos techos descienden describiendo una curva desde el punto mas culminante ó desde los lados del plano que forma el cuerpo inmediatamente superior, y sobresalen de las paredes exteriores del edificio. Están graciosamente adornados de florones y atributos que figuran la faja de la cornisa. Estos dos techos están sostenidos por multitud de columnas, barnizadas de verde y cubiertas de figuras doradas, y forman la corona del edificio. Su interior es una série de salones que se sobrepujan unos á otros en riqueza y magnificencia, constando ademas el palacio de otras muchas habitaciones y galerias.

La primera sala que se encuentra al entrar es muy espaciosa. Se baja á ella por una escalera de mármol adornada de figuras y estatuas de bronce y construida en forma de espiral. Este salon, ó con mas propiedad, este patio, se halla bañado por un arroyo que le cruza, habiendo construido sobre él una porcion de puentes tambien de mármol. En el fondo se descubre una fachada con tres puertas, la del centro está reservada esclusivamente para el emperador y las otras dos son para dar entrada á los

mandarines y grandes de estado cuando vienen á tributarle su homenaje. Estas puertas conducen á un segundo salon, el mas vasto de todos los del palacio, circundado de una magnífica galería; en esta es donde se hallan custodiados los tesoros de la corona, la pedrería, las armas y todos los presentes ofrecidos al hijo del cielo Thien-tsen.

En este patio está tambien la sala imperial llamada de Tai-Ho-Thsien. Se eleva del suelo natural de ella á la altura de cinco gradas ó escalones, mediando entre cada una de ellas la estension suficiente para colocarse un número considerable de personas; aquí es donde se reúnen los mandarines para cumplimentar al emperador teniendo

cada uno su puesto designado entre las gradas que ocupan segun el rango y dignidad de la autoridad que representan. Su forma es cuadrada y su estension pasa de ciento treinta pies; sus artonados están barnizados de verde, y guarnecidos de dragones dorados. El trono se eleva en medio de esta sala, sin otra inscripción que esta palabra *Chin* que quiere decir *santo*.

En la plataforma de esta sala hay grandes vasos y tiburones donde se queman perfumes los dias de ceremonia; y soberbios candelabros figurando pájaros de todos colores; esta plataforma se prolonga por un extremo hasta conducir á otras dos salas de las que, una es circular y



Una señora china.

rodeada de ventanas, las paredes están barnizadas con una goma particular que solo poseen los chinos, y que les sirven para el mismo uso que á los europeos los espejos. Esta es la sala de vestir ó tocador del emperador; la otra pieza es un salon de recibimiento.

Tal es la descripción ligera de este inmenso palacio que ocupa una estension de doscientas treinta y siete toesas de levante á poniente; y trescientas tres de norte á sur; fácil será ahora concebir como serán los otros palacios del estado y de los príncipes de la familia imperial, y si ante esta construcción admirable y colosal no enmudece la crítica Europea hácia la arquitectura chinesca, que nos en-

señen al menos habitaciones parecidas, y no tacharemos sus palabras de injusticia y prevención. Pero los chinos no han conceptuado completa su obra con esto solo, han añadido á la suntuosidad de Tsu-Kin-Tchhing la belleza de los jardines que le rodean.

El parque de Youen-Min-Youen, es la mansión mas bella del palacio imperial, sin que se eche de menos ni cada á ninguno de nuestros mas deliciosos jardines de Europa. No tiene esa regularidad monótona y artificial, que cansa, ni al mismo tiempo se parece á esa confusión de los parques ingleses, que queriendo imitar á la naturaleza la exageran y la esceden mucho mas de lo que quieren repre-

sentar. El Youen-Min-Youen sin descender del carácter grandioso que forma su ornamento mas bello, presenta en un espacio de diez millas inglesas de estension, los sitios mas agradables y variados. El bosque, las rocas, la llanura y los valles todo ha sido dispuesto con tanta inteligencia que desde cualquiera de los numerosos pabellones contruidos en el jardin se disfruta de un punto de vista sorprendente. Las aguas que forman el encanto de estos sitios y que sin ella, serian inútiles hasta los esfuerzos de la naturaleza misma, las han conducido ingeniosamente conteniéndolas en estanques, en canales y lagos, cuyos bordes desiguales y declives parecen obra de la casualidad sin que se observe la mano del hombre que lo ha conce-

bido y lo ha realizado. Las rocas formando atrevidos promontorios parecen contemplando las apacibles aguas del lago sobre que amenazan desplomarse. Hasta los árboles han sido escogidos, procurando armonizarlo todo, y al efecto se han elegido aquellos cuyas hojas podian prestar tintas mas agradables y bellas para que la vista solo tenga que admirar espectáculos encantadores; en fin en medio de las delicias de la mas activa vegetacion se eleva el magnifico palacio que acabamos de describir formando el mas sorprendente contraste las bellezas del arte y de la naturaleza, y aun critican los Europeos el gusto y la ciencia de tan admirables arquitectos.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LOS GEMELOS.

Eudosa Raborsky acababa de casarse con Ivan Nioloff, y el castillo de Koursoff en las cercanías de Arcangel resonaba con el ruido de las fiestas de su boda. Eudosa tenia hermosos ojos azules, largos cabellos rubios y una encantadora figura; pero alegre y coqueta gustaba del incienso de aduladoras galanterías. Ivan Nioloff era el mejor de los hombres: pero ardiente y apasionado tenia un carácter fantástico y celoso. Los nuevos esposos se amaban tiernamente, y sin embargo el cielo de su amor estaba constantemente cargado de nubes. Circulaban ademas rumores muy funestos, pues se aseguraba que á consecuencia de escenas violentas habian mediado fatales palabras entre Eudosa y su marido.

Ivan Nioloff tenia un hermano gemelo que se le parecia tanto que hasta sus mismos padres los equivocaban. Los dos eran notablemente hermosos; pero si su fisonomía era absolutamente la misma, su carácter era enteramente opuesto. Ivan se mostraba sombrío y colérico, Miguel por el contrario dulce y tranquilo.

Algunos años antes del casamiento de Eudosa, un accidente funesto ocurrido á Ivan habia venido á establecer entre su fisonomía y la de su hermano una diferencia notable. Ivan habia perdido un ojo en la caza y ya su persona no podia compararse con la de su hermano: de que resultó cierta tibieza en el cariño de los dos gemelos. Ivan á despecho de sí mismo no podia perdonar á Miguel que fuese mas hermoso.

Agregábase otra circunstancia fatal. Eudosa á quien habia presentado Miguel despues de la ceremonia nupcial, no pudo menos de admirar la prodigiosa semejanza que debió haber existido entre los hermanos, en tiempo en que los dos eran hermosos. Hermosos los dos, luego uno de ellos habia dejado de serlo. Esta palabra de Eudosa habia despedazado el alma de Ivan.

Nada se escapa al ojo perspicaz de un celoso. Ivan no tardó en conocer que Miguel amaba á su esposa; su acalorada imaginacion exagera las ventajas que su hermano le lleva en la actualidad; se persuade que le robará el amor de Eudosa y los celos le devoran.

Miguel en efecto ardía en la mas violenta pasión hacia su cuñada; y aunque se esforzaba por ocultársela, ella la habia descubierto. ¡Ay! la esposa de Ivan por un secreto sentimiento de piedad, no se atrevia á lan-

zarlo de su presencia, y aunque pura y sin tacha lo toleraba á su lado.

Una tarde hallábase sola con él. Miguel sumergido en una meditacion dolorosa no le dirigia ni una sola palabra. Una idea terrible, contra la cual lucha secretamente, dió á su semblante una espresion siniestra.

—¿Qué tienes? le pregunta Eudosa con inquietud.

—Nada, balbuceó Miguel con una especie de enagenamiento; nada sino que parto..... y no me atrevia á decírtelo.

—Partes! cuando? y porqué?

—Cuandol hoy, ahora mismo. Porqué? No me lo preguntes.

—¿Marchas para mucho tiempo?

—Para siempre.

Eudosa se puso pálida y se levantó.

—Te comprendo, le responde. Estás bien, noble Miguel! A Dios.

La infeliz tenia los ojos llenos de lágrimas.

—Ah! has leído en mi alma sin que haya tenido necesidad de hablar! Respondió Miguel. De nada me arguye mi conciencia y sin embargo he sido comprendido. Gracias: gracias, A Dios.

Iba á salir y volvióse inmediatamente.

—Tengo que pedirte un favor, continuó, es el primero..... y el último. Dame un rizo de tu pelo: te será devuelto cuando deje de existir; y entonces rogarás por mí ¿no es verdad?

Aquella misma noche dejó á Koursoff, llevando al lado de su corazon un rizo de cabellos rubios.

Desde la partida de su hermano, Ivan mas amable ya con su muger, sentia renacer la paz en su alma. Eudosa tambien parecia feliz.

—No, no quiero ser celoso, le dice su marido presentándole una sortija riquísima de brillantes, en la que estaba grabada la palabra *confianza*.

Al siguiente dia ella le dió un anillo tambien en el que se leia *fidelidad*.

Pero esta felicidad no debia ser muy duradera. Un noble señor del pais, el conde Rouskoi, que pasaba por el mas bizarro oficial de la Rusia, iba frecuentemente al castillo de Koursoff. Habia servido en los ejércitos del Czar Alexis, y aunque todavia estaba en la primavera de la vida era citado entre las hermosas como un héroe de aventuras galantes, y pasaba por irresistible.

Eudosa recibia sus homenajes con su candor habitual, pero tambien con su coqueteria acostumbrada. Reia-se de las tiernas declaraciones del conde, porque ninguna conmovia su corazon.

—Cruel Eudosa!, dijo este, al fin llegareis á lograr

que haga tambien un viaje á la Palestina, y que como Miguel Nieoloff vaya á visitar el santo sepulcro.

—Como! Está allí?

—Así se asegura al menos. De este modo terminarán sus pesares; por lo demas ¿qué os importa?... No sois cruel con todos!

La puerta se abre violentamente. Ivan Nieoloff montado en cólera por los rumores públicos que sostenian que la bella castellana no habia podido resistir al brillante caballero, se lanza sobre Rouskoy. Una escena violenta estalla y median entre los dos las palabras mas insultantes. En vano la voz suplicante de Eudosia quiso conjurar la tempestad.

—Silencio! le grita Ivan fuera de sí; conozco todas tus perfidias é intrigas. Miguel no está en Palestina; ronda disfrazado estos alrededores. Dos amantes y dos traiciones. Retírate y gózate en tu triunfo; Miguel ó Rouskoy me matarán y quedarás libre pronto.

Los dos rivales salen juntos: es inevitable una catástrofe.

Aquella misma noche al pie de los muros del castillo se perpetró un horrible asesinato. Al despuntar el dia se encontró el cuerpo de Ivan Nieoloff, debajo de las ventanas de su muger, atravesado con tres puñaladas. Está sin vida y el monstruo que le ha pasado el corazon, le ha desfigurado el semblante.

—Por qué? Sin duda por un exceso de barbarie ó por un refinamiento de venganza. Ya no se distinguen las facciones de la victima, y solo se le reconoce por el vestido. El cadáver es Ivan; pero el asesino quién podrá ser?

Se levanta un clamor público que acusa á Eudosia de haber participado del crimen; citanse palabras estranas que habia pronunciado Ivan pocas horas antes de su muerte, y que confirmaban esta sospecha. ¡Perezca la muger adúltera! grita todo el pais indignado.

Rouskoy á la primera noticia del asesinato se puso en fuga; Eudosia sola es presa y conducida á Arcangel. La indignacion contra ella es general. La causa se instruye con una actividad admirable. La acusada mal defendida, abandonada de todo el mundo y reconocida culpable á la vez de adulterio y de asesinato oye pronunciar su terrible sentencia que la condena á ser enterrada viva.

La muger del Waywode de Arcangel, la princesa Prosorosky, tomó un vivo interés por Eudosia durante el fatal proceso: hubiera deseado salvarla, pero las leyes del pais eran de una severidad inflexible. Ningun perdon habia que esperar.

El otoño estendia sus velos nebulosos sobre la campiña. El aire se impregnaba de frios vapores; la pálida luna se dibujaba en el horizonte como un signo mágico, y la sombra se estendia debajo de los cielos. La princesa Prosorosky paseaba por su cuarto con estremada agitacion. Sabia que Eudosia, enterrada hasta el cuello en la plaza pública de Arcangel, haria ya unas cuantas horas que seria victima del mas horrible de los suplicios, del mas lento de los tormentos.

Dios mio, ¡que no pueda socorrerla! decia en voz baja la princesa; ¡desgraciada!...

De repente le asalta el pensamiento cristiano de ir á llevar los consuelos de la piedad á la culpable. Se pone un velo negro, sale furtivamente de su casa y se dirige apresuradamente á la plaza pública. La hora era muy avanzada y la noche estaba silenciosa. Ni una persona encontró en las calles. ¡Oh! que espectáculo tan horroroso! Pocos instantes de vida quedan ya á Eudosia. Su cuerpo de formas tan perfectas, no tardará en ser devorado por los gusanos del sepulcro aun antes que la victima haya exalado su último suspiro. Ya no se vé su gracioso talle y sus blancas espaldas, solo su cabeza, que no tiene mas velo que una hermosa y larga cabellera rubia, se vé allí saliendo de la huesa. Por el dia

está espuesta á los ardores del sol y de noche al frio de las neblinas.

La princesa ahogando un grito de horror, se aproxima con paso vacilante.

—Pobre desgraciada! le dice. No he podido enternecer á los hombres... al menos roguemos juntas al cielo!

Y en una piadosa actitud se arrodilla á su lado.

—Gracias! le responde Eudosia. Pero yo no puedo imitaros. No puedo orar con las manos juntas.

—Ah! El acento y el corazon os quedan; Dios os moverá al arrepentimiento...

—¡Arrepentirme! ¿De qué? respondió Eudosia, yo no he cometido ningun crimen, os lo juro... estoy inocente, señora. Mis jueces se niegan á oirme... y yo he perdido la cabeza.... hubiera debido pedir perdon, no para mí sino para el hijo que llevo en mi seno? Lo he hecho así? No lo sé.

—¡Qué! ¿ibais á ser madre?

—Sí; y este hijo ¿qué ha hecho? por qué ha de morir tambien el inocente?

—Ah! esclama la princesa fuera de sí. Corro á hablar á mi marido; esta es una atrocidad sin ejemplo... contra la naturaleza y las leyes. Una muger en cinta!... ¡oh Dios mio!

Se separa de la condenada, salva las distancias como llevada en ajas de los vientos. Se arrodilla delante del Waywode; este la escucha con atencion, y la suplicante triunfa.

—Ahora mismo, respondió, voy á mandar que se suspenda el suplicio. Si hubiera sabido que estaba en cinta!... ¡Oh! la ley respecto á este particular está terminante... Es menester salvar al hijo; la madre morirá despues.

Sale seguido de su muger, y da la orden para que saquen inmediatamente á la condenada de su huesa. Un criado se presenta:

—¡Príncipe! Un viagero que viene de luengas tierras pide con instancia veros.

—¿Como se llama?

—Ivan Nieoloff.

—¿Qué oigo?... imposible... que entre!

Las facciones de Ivan aunque alteradas por el sufrimiento y las fatigas, no podian ser desconocidas. No hay duda: es el marido de Eudosia. Mirad su talle y su fisonomia, su aire sombrío y la falta de un ojo.

—¿Cómo! dijo el principe estupefacto. No fuistes asesinado?

—Ningun acero me ha herido, monseñor, no sé quien pueda ser ese que ha perecido.

—Pero si tenia vuestra ropa...

—¿Tenia tambien mi cara?

—Sus facciones estaban desfiguradas. ¿Dónde estábais aquella noche? Qué habeis hecho desde aquella época? Porqué os presentais tan tarde?

—Aquella noche, señor, á consecuencia de un arrebatado de celos insensatos, quise evitar el crimen, abandonando á la vez á mi muger y á mi pais; mi delirio habia llegado á su colmo, y formé un voto solemne.

—¿Cual?

—Ir al sepulcro de Cristo y rogar al cielo por mi muger y por mí. Si no hubiera partido, monseñor, habria cometido algun atentado, muerto á alguno, á mi muger quizá. Así es que me dirigi hácia la tierra Santa; nada he sabido de la catástrofe de Koursoff; y luego que he cumplido mi voto, en el momento de volver á mis hogares, supe, juzgado cual seria mi horror, que mi Eudosia habia sido condenada por crimen de adulterio y de asesinato á ser enterrada viva.

Ivan no puede continuar; una palidez lívida se esparce sobre sus megillas arrugadas. Medio espirante de cansancio y de terror cae sin voz en la silla. Todo se sabe ya; todo está explicado. Pero no, es demasiado tarde!

Largos momentos transcurren. Se llevan á la conde- nada envuelta en una especie de sudario, y mas pálida que su mortaja. Su fisonomía está sin movimiento, y sus ojos abiertos estraordinariamente con la espresion de la mas espantosa sorpresa.

Saliendo Ivan de su letargo se lanza hácia ella. Eudosa se levanta y dirige á su marido una mirada penetrante, exclamando: ¡Ivan! Sus brazos se estienden hácia él: despues sucede una horrible convulsion: despues nada: la imagen de la muerte.

Se le prodigan los socorros del arte: son llamados los mas célebres doctores. Nada deja entrever la posibilidad de salvarla. Pronto siente Eudosa los dolores de un parto prematuro y dá á luz un niño muerto. La fiebre y el delirio se apoderan de ella: su estado es desesperado. Ivan no menos digno de lástima que ella, pasa los dias y las noches estudiando los progresos de la enfermedad; se consume á su lado. Al verlos se diría que eran dos espectros: acostado el uno, y de pie el otro.

El conde Rouskoy sabedor del regreso de Ivan y vuelto tambien á sus dominios, envía á preguntar con frecuencia por la salud de Eudosa; lo hacia con interés? No. No la perdonaba ni el peligro que habia corrido, ni el destierro que habia tenido que sufrir. Su amor se habia convertido en odio.

¿Quién hubiera podido creerlo? Habia sucedido un milagro. Eudosa no murió. Pero aunque no estuviera afectada de enagenacion mental no recuperó completamente su razon. La condenada de Arcangel no acababa de comprender bien su posicion, su reposo, su libertad y su dicha. Frecuentemente miraba á Ivan con inquieta sorpresa como si no le reconociera perfectamente. En seguida arrojándose en sus brazos le pedia perdon de no sé que recelos, y le prodigaba las mas tiernas caricias. En fin no importan esas penosas agitaciones, está salvada, que es lo esencial. El tiempo y Dios harán lo demas.

—Amigo mio, dijo una tarde Eudosa á su marido: mira la sortija que me diste antes de la cruel escena de Rouskoy ¿donde está la que yo te di en cambio?

—La he perdido, respondió Ivan con aire sombrío; lo he sentido mucho; no renueves mi dolor.

—Querido Ivan ¿has cumplido la promesa que me hiciste al darme esta sortija donde grabaste la palabra *confianza*. ¿Te acuerdas?

—No.

—Es estraño, replicó Eudosa temblando. Pareces haber olvidado completamente el pasado de nuestra existencia. No conservas en la memoria ninguna de las circunstancias mas felices de nuestros bellos dias. No sé que miedo se apodera de mí.... Pero me parece por momentos que no eres el Ivan de otros tiempos.

—¿Amas menos al de hoy? interrumpió Nicoloff en tono de reprehension. Creí por el contrario que habia llegado á mudarme ventajosamente; pues ya no soy celoso, y mi amor se aumenta cada dia.

—Doy gracias al cielo por esta feliz mudanza, amigo mio.

—No te admires, Eudosa, de que haya perdido la memoria. Piensa en lo que he sufrido antes de abandonar á Koursoff, y despues de mi regreso de la tierra santa. Las fatigas y la desesperacion han debido alterarla necesariamente. Tú misma tambien, tus males te han mudado; pues ya no eres festiva y coqueta; eres la mas perfecta de las mugeres y sin embargo examínate; tus palabras y tus pensamientos son á veces incoherentes. En esto eres como yo.

—Es verdad, responde la dulce Eudosa, tambien he perdido como tú la memoria. Tienes razon, amigo mio. Si á veces no acierto á comprenderte, es mia la culpa y no tuya. ¡Hemos sufrido tanto los dos!

—No nos acordemos ya de lo pasado, Eudosa. Goce- mos de la felicidad presente. No tengo mas que un deseo

en el fondo del alma: el de hacerte olvidar nuestros in- fortunios, el de ser digno de tí.

—Pues bien: lo crearás, querido Ivan! Precisamente tu dulzura inalterable y tu bondad continua son las que turban frecuentemente mi corazon.... ¡has tomado tanto imperio sobre mí!... mi sorpresa en ciertos momentos... casi raya en demencia.

—Quieres que me transforme, replicó Ivan frunciendo el entrecejo. Sea, volveré á ser celoso, me haré violento y uraño.

—No, amigo mio, permanezcamos felices.

Una larga pausa sigue á este singular diálogo. Eudosa rompe el silencio con una especie de turbacion y de espanto.

—¡Ivan! ¿qué es de Miguel?

Nicoloff tiembla á su vez, lanza una terrible mirada á su compañera y se alteran visiblemente sus facciones.

—¿Qué es de él?... Dios solo lo sabe, responde con tono áspero y seco; no hay ninguna noticia de su paradero.

Al pronunciar estas palabras sale bruscamente. Eudosa le ha vuelto en parte á su naturaleza primitiva: su semblante se oscurece. No hay duda la armonia ha vuelto á interrumpirse entre los dos esposos y su dicha ya no puede ser completa.

Eudosa no cesa de mirar á su marido con atencion inquieta. Ivan por su parte principia á desviarse de Eudosa con un sufrimiento mal comprimido. El conde Rouskoy entretanto vuelve á presentarse en el castillo de Koursoff. Vuelve á reproducir sus tiernos cuidados y solicitud hácia la castellana, pero ya no es el amor quien le guia; solo abriga su alma el odio.

—No os parece cosa muy singular, dijo un dia el conde á Eudosa, que no se oiga hablar ya de Miguel Nicoloff? me han contado que en sus lejanos viages habia tenido la misma desgracia que su hermano.....

—¿Cual?

—Perder el mismo ojo.

—Dios mio, qué decis! exclamó Eudosa asustada Estais seguro de ello?...

—Porqué dudarle, señora, respondió el conde con una risa satánica. Yo al menos lo creo y tengo por feliz al que cree todo y admite todo; porque se vé libre de la molestia de ocupar su imaginacion en el exámen de todas las cosas y se dispensa del estudio y de la reflexion; porque al fin ¿no es verdad que es un trabajo el dudar y un descanso el creer?

Eudosa se levanta agitada y convulsa; quejándose de un fuerte dolor de cabeza, se despide del péfido, y cayendo sobre un sillón derrama un torrente de lágrimas.

Algunas horas despues la encuentra Ivan arrodillada en su oratorio: estaba pálida y fria como una estatua de mármol. Quiere levantarla y estrecharla entre sus brazos, pero ella le rechaza con espanto.

—¡Eudosa! ¿estás mala?

—En efecto no me siento bien.

—Tú me asustas. ¿Quieres que llame al médico?

—¡Ivan! no es él de quien necesito. Me han asegurado que la vieja nodriza que os crió conoce el secreto de una infinidad de plantas medicinales... ha hecho curas milagrosas. He enviado á buscarla esta mañana aunque vive lejos de aquí. Sé que hace muchos años que no la habeis visto. Permittedme que la consulte.

—¿Qué capricho tan singular, Eudosa! Jamas he podido creer en los remedios de esas mugeres... ni tú tampoco creias en ellos en otro tiempo. Ademas no sabes de la edad y las enfermedades han alterado algo la razon de mi nodriza?

—¿Segun eso os oponéis á mi deseo?

—No, no, que venga la nodriza; no pongo ningun impedimento.

—Ivan, quiero que os vea.

—Está casi ciega.

—No importa, la hablareis ¿no es verdad?

—Lo haré así puesto que lo exigis. Pero á que viene ese tono de indiferencia, por qué ese vos en tus labios? Qué he hecho yo para semejante cambio en tu conducta, Eudosia!

—Nada, te amo mas que nunca; pero tengo necesidad de que Dios me ilumine.

En aquel momento llegó la nodriza al castillo de Koursof y fué introducida hasta donde estaba Eudosia.

—Ivan, dadle la mano; dijo esta.

Nicoloff se apresuró á sostener los pasos de la vieja aldeana y le dirige palabras de ternura; pero la nodriza en vez de parecer conmovida, no manifestó otro sentimiento que el de la sorpresa.

—Como! sois vos Ivan, continuó examinándole de mas cerca y meneando la cabeza con incredulidad. Esto me parece extraordinario; no os hubiera conocido, no teneis la misma voz, y si no fuera por el ojo que os falta hubiera creído que érais Miguel.

Eudosia ocultó el semblante entre sus manos con un temblor convulsivo y la aldeana continuó:

—Teniais una señal en el brazo derecho, permitidme que lo mire.

—Ya no está, respondió Ivan; un vaso de agua caliente cayó en este brazo, levantó la piel y ha desaparecido la señal.

En efecto al descubrir su brazo se vieron las huellas de una gran quemadura. La nodriza quedó estupefacta.

—Está visto; no comprendo nada de todo esto, replicó. Pero donde se ha ido la señora?.... Eudosia se había marchado del castillo con la cabeza ardiendo y llevando sobre su frente las señales de la demencia. Hablaba en voz baja. Qué palabras! justo cielo.

—No es Ivan, es Miguel. Vivo criminalmente con mi cuñado... si tengo un hijo será el fruto de un amor culpable... es verdad que ignoraba mi posición. ¡Ay! ahora la conozco. Es menester huir... pero él! Yo le adoro; y que sacrificio el suyo perder un ojo por salvarme!

Un hombre caminaba cerca de ella y lo había oído todo: este era Rouskoy.

—¡Ah! me seguís! exclamó Eudosia, tal vez me habreis escuchado. Mirad, mi desesperacion ha llegado á su colmo. Mi marido el mejor de los hombres...

—¡Vuestro marido! repite Rouskoy, señora! á que viene el fingir conmigo; bien sabeis que ha perecido; que ha sido asesinado.

—¿Por quién?...

—Segun todas las apariencias por el que tenia un interés en hacerlo, por el que había proyectado sucederle en su fortuna... y heredar tambien... su muger...

—Ah! callad, callad por Dios... interrumpe Eudosia fuera de sí.

Y un grito de horror sigue á estas palabras.

Ivan oyó este grito... Buscando á su muger se hallaba poco distante del lugar de esta escena. Se lanza hácia el conde, pero su compañera ya no estaba allí.

Nicoloff con tono irritado interroga á su enemigo. Las respuestas son insultantes; ningun testigo está al lado de ellos, y aquella entrevista amenazadora no podia menos de tener consecuencias terribles. Al siguiente día debian batirse.

Que era de Eudosia! No había vuelto á parecer en el castillo ¿la desgraciada se habría suicidado en un acceso de delirio? La buscan por todas partes y se esparce la alarma en el pais. ¿No se la volverá á ver mas?...

No muy distante del castillo de Koursof había un monasterio de mugeres. En el espeso bosque que rodea este convento es donde debe verificarse el combate á muerte de Ivan y de Rouskoy. ¡Cuál será el juicio de Dios!

La noche se aproximaba cuando llaman á las puertas

del claustro. Piden socorro para un hombre herido de muerte. La victima es conducida por unos aldeanos del pais que lo habían hallado en el bosque moribundo al lado de otra persona bañada en sangre. Esta última había dejado de vivir.

El herido es recibido en el monasterio con la mas compasiva caridad. Una multitud de religiosas le rodean; pero entre ellas hay una que no lleva el vestido de las esposas del Señor. Al aspecto del moribundo retrocede esta llena de terror.

—¡Rouskoy! esclama:

—¡Eudosia!

Al pronunciar el conde este nombre con voz inarticulada, lanza al principio un gemido lúgubre; en seguida manifestando en su atroz semblante la alegría de una venganza monstruosa, prosigue con tono sepulcral.

—Podeis volveros al castillo; su dueño ya no está en él; ha muerto.

—¡Le habeis matado!... Ivan mio!

—Decid mas bien vuestro Miguel.

—¡Miserable! todavía!

—¿Quién podria estar mas seguro que yo del verdadero nombre de mi último adversario? Replica el infame con una carcajada que parecia salir de los infiernos. Todo lo puedo confesar ahora sin espanto y sin peligro; porque me llega mi última hora. ¡Eudosia! sabedlo todo; mi mano ha matado á los dos hermanos.

Al día siguiente de esta terrible escena fueron enterradas las dos victimas: Nicoloff y Rouskoy. La consternacion reina en el claustro.

Pasadas cinco semanas un monge que venia de la Palestina solicita hablar á la viuda de Ivan. Eudosia lo recibe y lo escucha.

—Noble señora, dice el religioso presentándole un medallon; un caballero á quien he asistido en sus últimos momentos en Judea y que había entrado en la orden á consecuencia de una gran pesadumbre, me ha suplicado en su confesion general que pusiera en vuestras manos esta dolorosa prenda de amor que prometió enviarnos cuando hubiese cesado de vivir. Os acordais de sus últimas palabras: *rogarás por mí; no es verdad?*

—¿Dios mio! exclama Eudosia apoderándose del medallon y reconociendo los cabellos rubios que encierra. ¿Habeis dicho que murió en Judea? y quien era este....

—Miguel Nicoloff.

Eudosia cae desmayada atacada de horribles convulsiones.... una hora despues ya no existia.

¿Se llegó á explicar el doble misterio? se supo la verdad?

—Jamás.

Los unos sostenian que Miguel había perecido efectivamente en Palestina, sin embargo ninguna de las informaciones que se hicieron al efecto tuvo resultado positivo. Parecia averiguado que el monge que vino de Judea, asistiendo realmente en su última hora á un caballero ruso que había entrado en la orden y se llamaba Miguel Nicoloff, había recibido de él los cabellos de Eudosia. ¿Pero esto no podia ser tambien una estratagema hábilmente combinada? Otros aseguraban que al saber Miguel la muerte de Ivan, no había hallado otro medio para salvar á su cuñada, que saltarse el ojo y hacerse pasar por su hermano, favorecido por su estremada semejanza; pero qué sacrificio tan inaudito! y que sublime esfuerzo de valor!

Por otra parte el conde Rouskoy había declarado al tiempo de morir que él había sido el asesino de los dos hermanos. Verdad es que este enemigo furioso y vengativo pudo muy bien inventar esta mentira infernal para dar el último golpe de muerte á la desgraciada Eudosia.

